Eco de la campiña

Eco de la campiña

Ediciones en Lenguas Extranjeras

RPD de Corea

113 de la era Juche (2024)

Prefacio

Cultivar a sus anchas su propia tierra era el sueño que los campesinos coreanos acariciaban siglo tras siglo.

Durante muchos años les tocó llevar una vida deplorable por no tener un palmo de su propia tierra.

Para colmo, en los años en que eran apátridas debido a la ocupación nipona de Corea, fueron explotados y oprimidos doble y triplemente.

Ese sueño se hizo realidad al cabo de la liberación del país gracias a Kim Il Sung quien implementó la reforma agraria consistente en distribuir gratuitamente la tierra a los campesinos.

Para enriquecerlos, él visitó muchas granjas para debatir con ellos las faenas agrícolas, actividad que no abandonó ni en los últimos días de su vida.

En una primavera trasplantó los retoños de arroz con los agricultores de la llanura de Mirim y en un verano indicó la manera de superar la sequía en un sembrado bajo el sol intenso.

En un otoño compartió con los campesinos la alegría de la cosecha abundante y en un invierno se dirigió a una parcela para consultar los preparativos del cultivo del año siguiente.

El presente volumen recoge unas anécdotas sobre sus viajes de orientación al campo.

ÍNDICE

Una realidad increíble ····· 6
Pagar los fideos ····· 9
Visita a un pobre campesino ····· 11
En vísperas de la proclamación de la Ley de la Reforma Agraria ··· 13
La tierra pertenece a quien la cultiva ····· 15
Colocar la placa en la puerta ····· 17
En una casa de fideos ····· 19
Una charla en la cabecera de la parcela ····· 22
¿Quién será él? ····· 25
Emoción de delegados campesinos ····· 28
Visita la casa de un campesino ····· 30
Trasplanta retoños de arroz con los campesinos ····· 32
Se retratan con un haz de trigo en los brazos ····· 34
Promesa con una campesina ····· 36
Rebajar el precio de agua ····· 39
Dos bueyes y la propuesta ····· 41
Una noche en un caserío montañoso ····· 43
Seis pájaros montañeses ····· 47

El deseo de vida de un anciano ····· 50
En una casa campesina ····· 52
Dicha del anciano con muchos descendientes ····· 54
Traza la línea para el canal de 5 000 *ríes* ····· 56
Hace virar el coche ····· 59
Come con unos campesinos ····· 61
Explica las ventajas del tractor ····· 63
Primer tractorista del país ····· 64
Los tres coetáneos conversan ····· 66
Trilladura en la aldea Rimsonggol ····· 68
Pone a cultivar la tierra a sus parientes ····· 70
Campesino de honor ····· 71
Lleva en su carro a una campesina ····· 73
"Pero les darán un poco" ····· 75
Advierte el viejo concepto ····· 77
Sentado en el lindero de un arrozal ····· 78
"Doctores son los compañeros como este" ····· 80
Primeras huellas en la marisma ····· 82
El reparto de la cosecha para los cooperativistas ····· 84
"Aquí cae la nieve cada vez que vengo" ····· 85
El revolucionario rural ejemplar ····· 87
"Compañeros, sean ricos sin falta, que yo les voy a ayudar." ····· 90

Comparte la alegría con los campesinos ····· 93
El automóvil tira del tractor ····· 95
Responsable de la construcción de la comuna Oguk ····· 98
Sueño realizado ····· 100
Una foto de recuerdo ····· 102
Un acontecimiento en una aldea insular ····· 104
Familia de tractoristas ····· 106
Una revolución en el cultivo de arroz ····· 108
En un ensayo ····· 110
No quiso irse de la campiña ····· 111
“Asesor” de la agricultura de la llanura Yonbaek ····· 113

Una realidad increíble

Fue un día de febrero de 1946.

El gran Líder Kim Il Sung, quien pasaba en carro por un poblado de la comuna Sinmi, hizo pararlo frente a una casa a la vera del camino, entró en su patio y llamó a su dueño.

Sin saber que era el gran Líder quien se paraba frente a él dibujando una amplia sonrisa, el anfitrión lo recibió pensando que era un cualquier cuadro.

Al entrar en un cuarto pequeño conducido por el anfitrión, el huésped comprobó con sus propios ojos la miseria en que vivían los campesinos coreanos y con profundo dolor recorrió la mirada por los alrededores.

Lo único que había en el cuarto era un armario menudo y unos cobertores sobre él.

En ese instante un funcionario entró en el aposento con unos campesinos.

- Bienvenidos y acomódense-les dijo el Líder.

A un campesino que estaba sentado frente a él, le preguntó si tenía alguna tierra y cuántos eran su familia, a lo cual él le respondió que no tenía un palmo de tierra y que su familia eran cinco.

- ¿Ha oído hablar de que van a confiscar las tierras a los terratenientes para distribuirlas a los campesinos que no las tienen?

- De eso hablan, pero no estoy seguro de su certeza.

Observando sonriente a los que se miraban sin darle crédito, volvió a preguntarles:

- ¿Si el Estado les quita la tierra a los terratenientes y se la entrega a ustedes, la aceptarían?

- Por supuesto que sí. Es un sueño que abrigamos por mucho tiempo. ¡Qué bueno sería si fuera una realidad! Pero las cosas no saldrán como así.

Luego de reír a carcajadas por sus palabras, el gran Líder les dijo:

- Si esa es la exigencia de los campesinos, confiscaremos todas las tierras de los terratenientes y se las repartiremos a los labradores. En un principio, la tierra pertenece a ellos, quienes aún no son sus dueños por estar el mundo patas arriba. Ahora que se ha liberado el país, vamos a ponerlo al revés para que los campesinos tengan su propia tierra y se enriquezcan cultivándola.

Esto les pareció un sueño irrealizable y uno de ellos dijo:

-Si nos van a entregar la tierra, ¿me la darán también a mí que ni tiene un palmo de ella?

El gran Líder le apretó la mano y le dijo que el Estado iba a entregar la tierra primero a los que como él no tenían un pedazo de tierra, lo cual

produjo la aclamación instantánea de los campesinos.

Entonces otro le preguntó titubeando:

- Me temo que los terratenientes vuelvan a comprar la tierra para arrendárnosla.

- En nuestro país el sistema de arriendo desaparecerá para siempre. El terrateniente no volverá a resucitar. El Estado llevará a cabo la reforma agraria en el principio de la confiscación sin indemnización y la distribución gratuita.

- Eso me parece un sueño.

- En un mundo como este viviré muchos años.

Observando a los campesinos eufóricos, el gran Líder les subrayó:

- En el pasado nuestros campesinos, privados de su país por los japoneses, fueron objeto de humillaciones y desprecios infrahumanos. Pero en el país liberado vivirán felices y ricos como dueños del Estado y la tierra. Confiando firmemente en el devenir de ese mundo, todos debemos unirnos y combatir duramente a los terratenientes.

Los campesinos no cabían en sí de alegría porque se iba a realizar su sueño de toda la vida. Sin embargo, no reconocieron al gran Líder quien fue a verlos para hacer realidad ese sueño.

Pagar los fideos

A la hora de almuerzo de un día de febrero de 1946, unos carros que corrían por la carretera Pyongyang-Sinuiju se detuvieron en una casa modesta a la vera del camino donde se vendían los fideos. De un automóvil se apeó un joven de alta estatura quien, entrando en el patio, le dijo al dueño que lo visitaba porque le habían hablado muy bien de sus fideos.

Al entrar en un aposento sencillo no exento que delataba la pobreza, esbozó una amplia sonrisa y preguntó afectuosamente al anfitrión:

- Anciano, ¿qué lo indujo a instalar una casa de fideos?

- Yo era muy pobre y quería ganar algún dinero vendiendo fideos sin dejar de cultivar la tierra.

- Entonces, ¿ha mejorado su vida vendiendo fideos?

- Casi no ha mejorado, aunque pasan por aquí unos transeúntes procedentes de Pyongyang o Sinuiju.

El Líder conversó sin ningún distanciamiento con los campesinos sobre la agricultura y les recordó que ahora que se había liberado el país hacía falta colocar en su lugar el mundo que estaba patas arriba y lograr que los campesinos mejoraran su vida cultivando su propia tierra.

Abstraídos por sus explicaciones eruditas, amenas e inauditas, los campesinos perdieron la noción del tiempo hasta que alguien en la cocina anunció que ya estaban hechos los fideos. Se dispusieron a salir apresuradamente, pues temían que molestaran a él quien, según dedujeron, era un alto cargo.

Pero él les disuadió de que se fueran, diciendo que hoy tuvo una conversación muy útil y los invitó a la mesa proponiéndoles seguir charlando mientras comían.

Como reza el refrán coreano que "Primero la bebida y después los fideos", uno de la comitiva entró en el cuarto con una botella de aguardiente.

El joven lo sirvió al dueño de la casa y a otros campesinos, invitándolos a tomar.

- Me siento culpable porque como anfitrión debería ser yo quien invitara al huésped, pero es usted quien me invita.

Viéndolo sin saber qué hacer, el joven rió a carcajadas y le dijo que en adelante cuando los campesinos de la aldea llevaran una vida mejor, los visitaría para que lo invitaran a comer, que la señora de la casa era una excelente cocinera y que debería hacer muchos fideos deliciosos para los campesinos y que los huéspedes más distinguidos eran los campesinos que trabajaban mucho por el país.

Terminado el almuerzo, elogió una y otra vez lo deliciosos que eran

los fideos y le sugirió a uno del séquito que los pagara.

El dueño de la casa se sobresaltó e insistió en no aceptar el dinero, aunque no sabía quién era el comensal.

- No soy loco por ganar el dinero. Además, sería un pecado cobrarlo a un hombre que tiene en alta estima a nosotros, los campesinos.

Al escuchar esas palabras sinceras, el joven le tomó fuertemente de la mano y le pidió:

- Debe recibir el pago por los fideos. En un futuro cuando mejore la vida de los campesinos, volveré para comer gratis. Pero hoy debe recibir sin falta el dinero.

Y les prometió que volvería a visitarlos.

Cuando el automóvil se alejó, supieron que era el General Kim Il Sung y se lamentaron dándose golpecitos sobre sus rodillas, y dijeron:

- Lejos de agradecer a quien nos recuperó la patria, nosotros, los anfitriones, dejamos que él nos agasajara…

Visita a un pobre campesino

En febrero de 1946, el gran Líder visitó una aldea del distrito Taedong de la provincia de Phyong-an del Sur, exponiéndose al viento fuerte.

Se encaminó a una choza que a primera vista se notaba que era de un campesino pobre.

Al recibirlo, este se puso perplejo y le dijo:

- General, me siento realmente culpable por invitar a sentarse sobre una estera destartalada a quien nos ha devuelto el país y que merece, y mucho más, sentarse sobre un cojín de oro.

El visitante dijo que eso poco le importaba y entró sin ningún reparo en la habitación muy estrecha y oscura debido a la puerta varias veces empapelada.

Sentado sobre la estera vieja, indicó una mesita al rincón del cuarto sobre la cual había una jarrita con unas papas que al parecer eran la sobra del desayuno de los niños de la casa. Dijo al anfitrión su parecer de que él no disponía de suficiente cantidad de alimentos y le preguntó con afecto si no tenía suficientes papas para sembrar este año.

- General, las tengo en suficiente cantidad. Antes de la liberación del país, después de pagar el arriendo, siempre me faltaban las provisiones del año y me ganaba la vida a duras penas como jornalero. Pero el solo pensamiento de que ahora puedo vivir en abundancia en este mundo que es nuestro me llena la barriga, aunque no coma.

El gran Líder le dijo que la tierra pertenece al labrador, pero que durante mucho tiempo el mundo ha estado patas arriba y que iban a reconstruir ese mundo que no da tierra a quien la cultiva sudando el año

entero, sino a quien no trabaja en absoluto.

Seguidamente, le inquirió qué extensión de tierra puede cultivar un brazo fuerte, a lo que le respondió que aproximadamente una hectárea.

El huésped le dijo que los campesinos que conocen la tierra mejor que nadie debían ser protagonistas de la reforma agraria. Si se pone en práctica la reforma, nuestros campesinos, contentos de ser dueños de la tierra, la cultivarán con esmero, dijo y le recomendó hacerlo ese año sin desperdiciar la tierra que le iban a repartir.

- General, ¿de verdad va a darnos la tierra a los campesinos? Entonces haríamos realidad el sueño de toda la vida- dijo el dueño de la casa y de tanta emoción no pudo seguir hablando.

En vísperas de la proclamación de la Ley de la Reforma Agraria

A principios de marzo de 1946, Kim Il Sung visitó la entonces comuna Sinhung del cantón Kophyong, distrito Taedong de la provincia de Phyong-an del Sur.

El carro que lo llevaba entró en la aldea y se detuvo frente a la casa de su tía.

Al escuchar la noticia de su visita, muchos aldeanos acudieron a esa casa.

Sentado sin protocolo sobre la estera, hizo entrar al cuarto a todos los que estaban fuera. Los invitó a sentarse y ante todo se informó de la situación de la aldea.

En aquel entonces los campesinos de la comuna tenían un espíritu de combate muy elevado. Aunque los terratenientes, temerosos de no recoger de ellos ni un 30% de la cosecha, hicieron esfuerzos desesperados, ellos se les enfrentaron unidos y por otra parte impulsaban los preparativos para el cultivo de ese año.

Al escucharlo, el visitante mostró gran satisfacción y preguntó al tío político:

- ¿Qué me dice de los terrenos de la comuna? ¿Son fértiles?

- Sí, lo son y dan una buena cosecha.

- ¿Cuántos terratenientes tiene la comuna?

- Son unos cuantos. La mayoría de los lugareños han arrendado la tierra a un terrateniente de Pyongyang.

- ¿Cómo les gustaría tener la tierra confiscada? ¿Gratis o con el pago a plazos anuales hasta que la posean por completo?

- Nos gustaría que confisquen sin indemnización y distribuyan la tierra gratuitamente.

Luego de escuchar su respuesta, el gran Líder pasó la mirada por los

aldeanos y dijo que durante la ocupación de Corea por el imperialismo japonés los campesinos coreanos sufrieron mucho y que si en adelante se les repartieran extensos terrenos y los cultivaran, llevarían una vida acomodada. Los cuadros de los órganos del poder popular deben trabajar bien, subrayó y les sugirió potenciar sus funciones y desempeñar bien su papel.

- Ahora vamos afuera para recorrer parcelas de cultivos de la zona- dijo y subió a una loma detrás de la casa de la tía.

- Las tierras están relativamente en buenas condiciones-señaló.

Observó además los terrenos que iban a repartir a los campesinos y cuando bajó de la loma indicó a los funcionarios:

- Vámonos que ya han pasado muchas horas.

La tía, apenada por la despedida con el sobrino con quien se reunió al cabo de un buen tiempo, le suplicó que se quedara un rato más, pero él lo declinó con la promesa de que volvería otro día.

El 5 de marzo proclamó la histórica Ley de la Reforma Agraria.

La tierra pertenece a quien la cultiva

Una vez proclamada la Ley de la Reforma Agraria, los funcionarios del distrito Taedong de la provincia de Phyong-an del Sur emprendieron

esa tarea con un gran júbilo.

Sin embargo, como nadie tenía experiencias en ella, esta no marchaba como deseaban. Eran distintos los objetos de la confiscación de tierras, diferentes los de distribución de ellas, disímiles las tierras que serían expropiadas y por tanto divergentes los criterios de los miembros de los comités rurales. Encima, había campesinos que, embaucados por los rumores negativos difundidos por los reaccionarios, ponían en tela de juicio la reforma agraria.

Un día de marzo de 1946, Kim Il Sung visitó una aldea del distrito.

-He asumido la difícil y complicada tarea de la reforma agraria, pero me cuesta mucho debido a la ignorancia de la materia-le confesó el jefe del comité rural en la comuna.

Luego de sentar delante de él a los ancianos de la aldea que acudieron a verlo, les preguntó lo que opinaban de la reforma, a lo cual expresaron:

- Cultivar la tierra en sus propias tierras ha sido el sueño de toda la vida de nosotros, los campesinos. Ahora que lo hemos hecho realidad gracias a usted, no tendremos ningún resentimiento aunque muriéramos.

Viéndolos manifestar sus más ocultos sentimientos y tratar de hacerle reverencia en señal de agradecimiento, los disuadió, diciéndoles que su alegría le proporcionaba una inmensa satisfacción, que no era él quien les repartía la tierra y que ellos, antiguos dueños de ella, la habían

recuperado. ¿Quién otro va a ser dueño de la tierra, si no los que aran la tierra, siembran semillas y las cultivan?, les preguntó y él mismo les respondió que la tierra es de los campesinos que la aran.

Sus palabras arrancaron aclamaciones a los oyentes.

Colocar la placa en la puerta

Un día de marzo de 1946 Kim Il Sung visitó una aldea del distrito Taedong y expresó su deseo de visitar la casa de un gran terrateniente que, según le habían contado, se encontraba en la aldea.

Luego de observar la casa y sus contornos que revelaban la vida lujosa del cruel terrateniente que exprimía el sudor y la sangre a los pobres campesinos, traspasó el umbral de la puerta y entró en el patio, donde unos que eran sirvientes del terrateniente salieron a su encuentro y le hicieron profunda reverencia.

El visitante los incorporó y entró despacio al traspatio.

Un rato después los aldeanos se reunieron con él como una familia.

Él pidió reiteradas veces a los ancianos que estaban sentados en el entarimado que entraran en el cuarto.

Algunos de ellos llevaban casi toda la vida como sirvientes y como estaban acostumbrados a inclinarse bajo la explotación y opresión del

terrateniente, estaban sentados incómodos, con las rodillas dobladas y las manos sobre ellas.

- Mi abuelo también tiene como ustedes las espaldas curvas por trabajar la tierra toda la vida. No se acomplejen y acomódense como en su casa-dijo el huésped, probablemente adolorido porque seguía siendo miserable la vida de los campesinos que él, nacido en una choza de bajo techo, veía habitualmente en su infancia.

Les dijo que habían dispuesto entregar gratis la tierra a los campesinos y preguntó qué pensaban al respecto, a lo cual dijeron que su alegría era indescriptible.

Esbozando una amplia sonrisa, averiguó qué extensión de tierra iban a repartir a cada uno de ellos y dijo:

- Antes de la liberación del país, los terratenientes y capitalistas vivían lujosamente y se llenaban la barriga explotando a los obreros y campesinos, pero ahora que se ha liberado el país, son nuestros obreros y campesinos quienes deben y pueden llevar una vida acomodada.

Los ancianos enjugaron las lágrimas, pues por primera vez en su vida eran tratados como seres humanos.

Ese día el gran Líder colocó en la puerta de la casa una placa con el nombre de uno de sus sirvientes.

Sin poder creer que él, predestinado a una vida humilde y a subsistir cada día, más muerto que vivo, se hizo el dueño de una mansión, miró y

remiró la placa con su nombre con los ojos anegados de lágrimas.

El gran Líder lo llevó al campo, hizo que le entregaran el labrantío más fértil y le subrayó que ese sería eternamente suyo.

En una casa de fideos

Un día de marzo de 1946, mientras regresaba del entonces distrito Kangso de la provincia de Phyong-an del Sur donde estuvo para informarse de cómo marchaba la reforma agraria, el gran Líder Kim Il Sung se encontró, para su gran sorpresa, con un condiscípulo de la escuela Changdok.

Lo invitó a una casa de fideos y en ella le tocó compartir la mesa con un anciano.

Aquí y allá las gentes, riendo, gritando y jubilosas, conversaban con entusiasmo casi con el mismo tema: la reforma agraria.

Fulano contó que el día en que le distribuyeron cuatro mil *phyong* (Un *phyong* equivale aproximadamente a una tresmilésima parte de una hectárea —N. del Tr.) de tierra fecunda bailó hasta bien entrada la noche. Mengano dijo que antes era un solterón de más de cuarenta años, pero al ser propietario de un labrantío mejoró su destino contrayendo el matrimonio…

Pero el anciano que estaba sentado frente a Kim Il Sung, no se sabía por qué, se limitaba a mirar sonriendo fuera de la ventana, en lugar de comer los fideos y el aguardiente que tenía sobre la mesa. Afuera estaba amarrado un ternero hermoso.

Kim Il Sung lo observó con una sonrisa y, acercándole el plato de fideos, le dijo:

- Sírvase, que se le van a desleír los fideos.

- Gracias, eso me importa un comino. Ahora el mundo entero es nuestro…

- Ha hecho una observación lúcida.

Estas palabras lo animaron para que soltara palabras, sin que esto viniera a cuento.

Dijo que gracias a la benevolencia del General Kim Il Sung le tocaron tres mil *phyong* de tierra, que por eso estaba resuelto a cultivarla de modo magnífico y que si bien ahora no pudo comprar más que un ternero por falta de dinero, en otoño compraría sin falta un buey.

- Se lo aseguro con toda certeza- afirmó.

- ¿Dónde vive usted?-El gran Líder le preguntó

- En un poblado más allá del paso Ot (Su equivalente en español es ropa —N. del Tr.) Esta mañana cuando iba a transitarlo, pensé que ahora ese lugar también pertenece a nosotros. A propósito, ¿sabe usted por qué lo llaman así?

El gran Líder ya lo sabía, pero tuvo la curiosidad de escuchar lo que él decía.

…Antes cuando los nobles y eruditos procedentes del distrito Taedong y otras villas iban a Pyongyang, se quitaban la ropa que llevaban puesta y se ponían otra nueva en la cima de la loma que servía de paso y de donde se contemplaba la ciudadela de Pyongyang. Lo hacían porque les parecía indecente entrar en ropa sucia en la ciudadela donde vivía el gobernador. Por eso la cima estaba siempre blanca por los vestidos que colgaban de sus árboles y de ahí el nombre del paso…

Luego de explicar el porqué de ese nombre, el anciano dijo animado:

- Esta mañana cuando transitaba el paso, pensé que ahora este nos pertenece y se me ocurrió colgar mi abrigo y efectivamente lo hice.

Arrastrados por su relato unos se rieron por lo bajo.

Él siguió diciendo:

- Cuando bajaba de la cima, me dio por pensar que antes los nobles se cambiaron de la ropa por temor al gobernador, pero ahora los campesinos no tenemos por qué temer a nadie. Por eso me precipité hacia la cima y me puse de nuevo el abrigo antes de bajar.

Al escucharlo, todos prorrumpieron en carcajadas.

- Hicimos muy bien en entrar en esta casa de fideos. Un cuento como ese no lo podemos escuchar con frecuencia- dijo Kim Il Sung.

Dirigiéndose al anciano, lo alabó por el relato y le sugirió que ahora debía comer los fideos.

Cuando terminó la comida, se levantó y se despidió de él, diciendo:

- Nos vamos. Quisiera que este año tenga una rica cosecha, suficientes provisiones para la familia y un buey.

Mientras salían de la casa, su condiscípulo se percató de que el almuerzo no fue la única razón por la que él entró en la casa de fideos.

Una charla en la cabecera de la parcela

En abril de 1946, Kim Il Sung hizo parar el carro al ver a unos campesinos arar la parcela y sembrar el mijo.

- ¡Cómo trabajan!

El campesino que araba el labrantío no se dio cuenta de que quien se le acercaba diciéndolo era el General Kim Il Sung.

Este lo invitó a una conversación y se sentó a la vera de la parcela. Un rato después se le acercaron otros campesinos.

El gran Líder le preguntó qué extensión de tierra se le distribuyó.

- Cinco mil *phyong* entre arrozales y secanos.

- ¿Cuántos son su familia?

- Ocho en total.

- Ahora que hemos hecho la reforma agraria, ¿cuál es su otro deseo?

- ¿Qué otro deseo puedo tener si gracias al General Kim Il Sung tenemos gratis la tierra y vamos a vivir en la riqueza?

- ¿No le faltan cereales para la siembra, animales de tracción y aperos agrícolas para el cultivo de este año?

- Nada nos preocupa ahora que tenemos nuestra propia tierra. Los cereales los reuniremos entre varios campesinos. El buey y los aperos los pediremos prestados unos a otros.

El gran Líder estuvo de acuerdo con su idea, lo alentó diciéndole que en adelante el Estado brindaría ayuda a los campesinos y volvió a inquirirle:

- ¿Cuánto pagaban el arriendo al terrateniente antes de la liberación del país?

- Entonces él nos quitaba casi toda la cosecha del año. Para poder arrendar su tierra el año próximo, nos vimos obligados a entregarle cerdos o gallinas, aunque nosotros no podíamos darnos ese lujo.

- Ahora ustedes son los dueños de la tierra. ¿Qué cantidad de impuestos les gustaría entregar al Estado?

Viendo a los campesinos mirarse sin comprender lo que acababa de decir, volvió a preguntarle:

- ¿Qué le parece si establecemos la entrega de un 30% de la cosecha como impuesto?

- Si fuera así, los campesinos tendrán una vida mejor.

- ¿Y si fuera un cuarto de la cosecha?

Los campesinos no supieron cómo responder a esa pregunta, hasta que uno de ellos le dijo con cautela:

- Antes de la liberación del país el terrateniente nos quitaba más de siete décimas partes de la cosecha. Un cuarto de la cosecha es demasiado poco.

El gran Líder sacó del bolsillo una libreta, anotó algo en ella, se levantó y recomendó a los campesinos que ahora, como propietarios de la tierra, debían cultivarla bien y recoger una abundante cosecha, mejorar la vida y entregar al Estado cereales de buena calidad.

De tanta alegría, los campesinos no supieron cómo agradecerle.

Dos meses después, es decir, el 27 de junio, se adoptó una resolución de poner en práctica el sistema de impuestos agrícolas consistente en la entrega al Estado de un 25 por ciento de la cosecha. Fue una medida histórica que garantizaba una vida mejor a los campesinos y el éxito de la reforma agraria.

¿Quién será él?

Fue en octubre de 1946 cuando el gran Líder vio en su viaje de orientación a un campesino cosechar la judía roja con su familia.

Hizo detener el automóvil, se le acercó, lo saludó y le dijo:

- Quisiera saber la situación de la agricultura. ¿Podría disponer de un tiempecito?

- No haga cumplidos. Estoy a su plena disposición.

Se encaminaron a un castaño. El gran Líder, sentado sobre unas hojas secas, le preguntó al campesino:

- ¿Cómo ha sido el cultivo del año? ¿Cuánta tierra le fue entregada?

- Gracias al General Kim Il Sung me entregaron 1 500 *phyong* de arrozales y 6 500 de secanos. Y el cultivo del año ha sido bueno.

- ¿Es suyo ese buey amarrado cerca del arroyo?

- Sí.

- Entonces, no debe de preocuparse mucho por su vida económica.

El gran Líder le dijo que había llegado el tiempo de organizar con nuestras propias manos la vida económica y que si los campesinos trabajaban bien, el pueblo se enriquecería y también el país en la misma medida.

Tras observar sus labrantíos, le preguntó:

- Me parece que su tierra es lodosa. ¿Es así todas las tierras de aquí? ¿Qué siembran por lo general en los secanos?

- Sembramos el maíz.

- Me parece que aquí no se da bien el maíz. ¿Cuál será su razón?

- La tierra de aquí es muy lodosa y con poca lluvia se pone barroso y si no llueve se endurece como piedra.

Sin haberlo reconocido, el campesino se lo dijo en tono de queja y él le explicó sonriendo:

- ¿Sí? Si es así abran zanjas profundas en varios lugares para evitar que las parcelas no se afecten por el frío. También pueden escarificarlas y desyerbarlas varias veces durante la sequía y se ablandarán. Ninguna tierra es mala para un campesino laborioso, así que las plantaciones crecen bien por las manos atentas del labrador.

Su sugerencia puso colorado el rostro del campesino.

El gran Líder siguió diciéndole que ahora los campesinos eran dueños de la tierra, que por tanto debían cultivarla bien aunque fuera lodosa, que la carreta de buey podía servir de gran ayuda y que si él segaba mucha hierba e iba con frecuencia a la cabeza distrital y traía mucha ceniza, podría hacer muchos más abonos que otros. También le dijo que si esparcía gran cantidad de abono en la tierra esta se ablandaba y favorecía que los cereales maduraran debidamente, que hacía falta la

desyerba, actividad que contribuía al buen crecimiento de los cereales y que podría aprovechar el arroyo para sacar el agua de la parcela.

- El año próximo lo tendré bien en cuenta para el cultivo- le respondió el campesino.

- ¿De noche va a la sala de estudio sobre la construcción del Estado?

- Sí, voy allí todas las noches para escuchar la propaganda de las elecciones.

El gran Líder dijo que él debía hacerlo, que los campesinos, ahora dueños del Estado, debían conocer la política y que de esa manera podían conocer sobre la situación del país y lo que este hacía, así como cultivar bien la tierra y formar magníficamente a los hijos.

Luego de apretar sus manos endurecidas, se levantó y se despidió de él.

Con la vista fija en el carro que se alejaba, el campesino permaneció inmóvil por un buen rato, diciéndose:

- Seguro es un cuadro de nivel central, pero está versado en la agricultura. En mi vida jamás he visto a un alto dirigente que anda en carro consultar las faenas agrícolas con un simple campesino como yo… ¿Quién será él?

Emoción de delegados campesinos

El primer año de la liberación de Corea, obtuvieron una cosecha sin precedentes.

Con la alegría de haber alcanzado ese éxito gracias a la reforma agraria, los campesinos de todo el país participaron en el movimiento por el pago anticipado de los impuestos en especie.

En noviembre de 1946, los representantes de los campesinos del entonces cantón Sinbu, distrito Sonchon de la provincia de Phyong-an del Norte, quienes ocuparon el primer lugar en el movimiento, visitaron Pyongyang con una carta de agradecimiento y unos regalos a Kim Il Sung.

Cuando este les dijo que estarían muy cansados por el largo viaje, ellos, emocionados y excitados, no supieron con qué palabras iniciarían sus palabras. Al poco rato, uno de ellos, adoptó una actitud de respeto y le dijo que vinieron allí para agradecerle en nombre de los campesinos del cantón Sinbu. También le contó que habían obtenido el primer lugar en el movimiento al trabajar con el único deseo de corresponder a la solicitud del gran Líder quien les había devuelto el país y los habían convertido en dueños de la tierra.

Mirando en derredor, Kim Il Sung preguntó:

- ¿Podrían decirme del cultivo de este año?

- Cultivamos bien la tierra que usted nos ha dado y hemos obtenido una cosecha como nunca antes- le respondió un campesino.

El gran Líder se puso de lo más contento y los elogió diciéndoles que habían hecho un buen trabajo, que ahora nosotros superábamos las secuelas de la cruel dominación colonial del imperialismo japonés y construíamos una nueva patria democrática, que ahora lo importante era trabajar bien en la construcción del país, que en este sentido a los campesinos les incumbía consolidar el poder popular, cultivar bien la tierra, producir muchos cereales, sembrar mucho algodón, reproducir muchos capullos de seda y criar muchos animales domésticos y que a su regreso debían hacer bien esas labores.

Yo también contribuiré a la construcción del país con toda mi fuerza y entusiasmo, apuntó y añadió que nada era imposible si unían la fuerza, la energía, la inteligencia y la voluntad y que así construirían un Estado democrático, rico y poderoso.

Los delegados campesinos se asombraron por el hecho de que él, quien debía recibir el agradecimiento de todos los campesinos del país bendecidos por la reforma agraria, les prometiera trabajar más en aras del país. Y se convencieron de que era un hombre modesto y humilde como ningún otro.

Visita la casa de un campesino

Fue un día de abril de 1947.

En su visita al campesino Kim Je Won, el gran Líder averiguó cómo se llamaba el poblado donde él vivía y cuántas casas tenía y le preguntó:

- ¿Cómo fue posible que produjera 140 sacos de arroz en 3 600 *phyong* de arrozales?

- Eché al campo muchos abonos orgánicos y enterré en él las cañas para prevenir la salinidad y esto me dio ese resultado.

El gran Líder se lo ensalzó, citó el refrán *Ninguna tierra es mala para un campesino laborioso* y señaló que era un proverbio hecho para él.

Hace falta divulgar sus buenas experiencias no solamente a los lugareños sino también a los de otras comunas, le sugirió y destacó la necesidad de fertilizar las parcelas recolectando hierbas verdes, obteniendo el abono orgánico del ganado y esparciéndolo al campo.

Observando con afecto al campesino, le preguntó si él y sus vecinos criaban muchos animales, a lo que respondió que criaban bueyes, cerdos y gallinas.

- En las casas campesinas deben dedicarse a la ganadería… Usted

debería dar el ejemplo en el movimiento de la cría de bueyes, cerdos, gallinas y perros en todas las casas de la aldea-le dijo.

Abrió la ventanilla y, disfrutando la vista de la aldea, dijo que debían convertirla en un lugar agradable para vivir, que en su visita a ella él había notado que había muchas chozas y los caminos eran curvos y tenían un aspecto deplorable, y que hacía falta construir muchas casas de teja, construir bien las carreteras y acondicionar el poblado de forma acogedora.

- Usted nos lo explica todo minuciosamente y resuelve los problemas pendientes. En adelante sin falta cultivaremos bien la tierra y corresponderemos a su solicitud- le juró el campesino.

Dibujando una leve sonrisa, el visitante se levantó diciendo que ya era hora de partir.

-General, si usted se va así, esto me haría sufrir toda la vida. ¿Antes de partir podría tan siquiera aceptar la comida que, aunque sencilla, le brindamos con amor?

El huésped se lo agradeció, pero insistió en partir porque estaba muy ocupado y le dijo que no lo lamentara tanto y le agregó:

- Deseo la salud de usted y de toda su familia y que recoja una abundante cosecha este año.

El campesino y sus familiares derramaron lágrimas de gratitud.

Trasplanta retoños de arroz con los campesinos

Un día de junio de 1947, el gran Líder visitó la llanura Mirim para trasplantar los retoños de arroz con los campesinos.

A su llegada a ella en la mañana despejada, saludó a los agricultores tomando de la mano a cada uno de ellos.

Mirándolos, les exhortó a comenzar la mañana con un trabajo agradable y se dirigió a un arrozal.

- ¿De veras vino el General a trasplantar retoños de arroz?

Los campesinos sintieron un nudo en la garganta.

- Vamos todos a trasplantar los retoños de arroz en las parcelas que ahora son nuestras. Por primera vez realizo esta labor tras mi retorno al país- diciéndolo, el gran Líder dibujó una amplia risa, se quitó el abrigo y el calzado y entró primero en el arrozal arremangándose los pantalones hasta las rodillas.

Lanzó aquí y allá los manojos de posturas de arroz y comenzó el trabajo antes de que otros entraran en la parcela.

Tomó un manojo de retoños y clavó la primera postura en donde indicaba una tira de fibra. Y ateniéndose a esta, continuó sembrando las

posturas con todo amor.

Aunque los campesinos le recomendaban tomarse un descanso, dijo que él y otros funcionarios vinieron allí para trabajar, por lo que todos debían realizar la tarea que les tocaba. Propuso trabajar más antes de tomar el receso y no abandonó el trabajo.

- Cuidado a la hora de manejar las posturas. Deben sembrarlas con esmero pues son frutos del sudor de los campesinos-apuntó.

Eso mismo lo hicieron tanto los que las sembraban como los que las transportaban y tiraban al arrozal.

Contemplando la llanura donde reinaba un ambiente animado, el Líder dijo:

- Los campesinos deben cultivar bien la tierra. Antes, por no ser dueños de la tierra, tenían que pasar hambre y vivir en la miseria pues los terratenientes les quitaban todos los cereales que cultivaron con gran esfuerzo, pero ahora que son propietarios de la tierra, pueden llevar una vida acomodada y libre de preocupaciones. Si cultivan bien la tierra y tienen los alimentos en abundancia, mejorará su vida y se movilizarán para la construcción del país.

Acentuó que debían abonar los terrenos, hacer fecunda la llanura Mirim y ordenar en forma estándar las parcelas y siguió laborando con los agricultores.

Ese día no abandonó el trabajo hasta que terminaran de sembrar las posturas de acuerdo al plan.

Se retratan con un haz de trigo en los brazos

Fue en julio de 1947 cuando el gran Líder hizo parar el carro en que iba al lado de un secano donde un matrimonio cosechaba el trigo.

Luego de recibir de ellos una espiga de trigo, les dijo:

- El trigo se ha madurado bien. ¿Cuánto piensan cosechar?

- Más o menos un saco en cada 50 *phyong*.

Al escuchar esa respuesta, repitió varias veces que el trigo se maduró bien y volvió a preguntarle:

- ¿Cuánta tierra recibieron por la reforma agraria?

- 4 500 *phyong* de secanos y 1 500 de arrozales gracias al General.

- ¿Esos terrenos también son de los que se les han distribuido?- preguntó señalando con la mano unas parcelas.

- No. Originalmente eran herbazales y las transformamos en labrantíos.

El Líder alabó su trabajo y dijo a sus acompañantes:

- Ahora los campesinos se han hecho dueños de la tierra.

Seguidamente, preguntó al campesino si allí había muchos barbechos, a lo cual él le contestó que los había algunos, pero que él los roturó completo.

El Líder le dijo que no debíamos dejar sin cultivar un palmo de tierra, que los campesinos debían poseer su propia tierra y que si ellos la cultivaban bien, el país prosperaba.

- Ahora todos los campesinos están contentos porque viven en un mundo bueno-le dijo el campesino.

Sonriente, el Líder preguntó a la esposa del campesino que estaba detrás de él si le agradaba cultivar la tierra en el país liberado y con los mismos derechos que el hombre.

- General, duermo con las piernas sueltas y trabajo a mis anchas y no siento ningún cansancio.

- Así que no se siente cansada… -dijo en voz baja el Líder-En la construcción de una nueva sociedad son muy importantes la posición y el papel de la mujer, encargada de mover una de dos ruedas de la carreta que es la revolución.

- Lo tendré bien en cuenta y trabajaré cuanto pueda.

- Pónganse allí con los haces de trigo en los brazos, que les van a tirar una foto-sugirió el Líder al matrimonio de campesinos que no cabían en sí de alegría.

También les dijo que cultivar la tierra era el deber fundamental de los campesinos, hoy dueños de la tierra y del país liberado, y que debían tener presente la solicitud del Estado que les distribuyó la tierra.

Días después esa foto se insertó en el periódico provincial con

motivo del primer aniversario de la proclamación de la ley de igualdad de derechos del hombre y la mujer.

Promesa con una campesina

En agosto de 1947 el ayudante del Líder le avisó de la visita de una campesina que vivía en la entonces comuna Oktong, distrito de Phyonggang de la provincia de Kangwon.

Cuando un rato después ella entró en su despacho guiada por un funcionario, él le tomó de las manos callosas, dibujando una sonrisa, y apreció el largo viaje que ella habría hecho.

Viéndola perpleja porque un gran hombre como él concediera entrevista a una simple agricultora, le preguntó el motivo de su visita y ella le contestó:

- Vengo con el trigo y las patatas que yo misma he cultivado en la tierra que me dio el General. No es una gran cantidad, pero tenga la bondad de aceptarlos, se lo pido con toda mi sinceridad. Hace dos años yo era criada del terrateniente, pero hoy llevo una vida digna, pues tengo mi propia casa y cultivo mi propia tierra.

El gran Líder, tomándole de la mano, la condujo a un asiento y le preguntó:

- ¿Qué tal el cultivo de este año?

- Ha sido magnífico porque he labrado la tierra con esmero y he trabajado con afán.

Escuchando que después de recibir la tierra y hacerse sus dueños, todos viven sin preocupación, el gran Líder dibujó una amplia sonrisa. De repente, le preguntó:

- ¿Hay alguna escuela donde usted vive? ¿Alguna escuela secundaria?

- Allí hay una primaria.

- Ha hecho bien en traerme los cereales, pero habría sido mejor si hubiera contribuido a construir la escuela o la sala de reuniones. Todos los campesinos deben cultivar bien la tierra y también cooperar en la construcción de la escuela para educar a los hijos. También en la comuna debe haber una secundaria para que ellos puedan cursarla en su propia comuna. Algunos alumnos dicen que no pueden terminar la secundaria porque se encuentra muy lejos de la casa. Es nuestro deber construir una secundaria en cada comuna.

Un rato después, le preguntó afectuosamente:

- ¿Qué estudios ha cursado?

- No he podido ir a la escuela.

- ¿Entonces cómo estudia?... ¿Sabe leer el periódico?

- General, todavía no sé leer-contestó avergonzada la mujer con el rostro colorado y la cabeza agachada manoseando las faldas.

- Todos los coreanos debemos saber leer. Para eso debemos aprender. Las coreanas no pudieron aprender porque los japoneses no les enseñaron y no es que no quisieron aprender. Nunca es tarde, así que aprenda, ¿podría?

- Sí lo haré.

- Entonces, prométame una cosa. A su regreso, póngase a estudiar y al cabo de tres meses envíeme una carta de su puño y letra. ¿Puede hacerlo?

- Sí, mi general.

- Será precursora de la alfabetización y convocará a este movimiento a todos los demás. ¿De acuerdo?

- Sí, le prometo que llamaré a la gente a vigorizar la alfabetización.

Efectivamente, a los tres meses el gran Líder recibió una carta y sonriente comprobó que su remitente fuera la campesina Ri Kye San. En la misiva, ella agradecía con el profundo sentimiento de veneración al gran Líder quien convirtió en la dueña de la tierra y del país a una mujer que vivía en la ignorancia y pobreza como objeto de las más crueles explotaciones y opresiones, le deparó una vida dichosa y la formó para que pudiera escribir con su mano una carta, algo que no había hecho en toda su vida.

Días después, el gran Líder respondió a su carta expresando su alegría de haber recibido una carta en que ella le decía que como había

prometido aprendió a leer y escribir durante tres meses, y deseándole más éxitos en el trabajo y el estudio.

El hecho enardeció la campaña de alfabetización.

Rebajar el precio de agua

En agosto de 1947 unos funcionarios del entonces cantón Sinanju del distrito de Anju, fueron citados por el gran Líder.

Este preguntó al presidente del comité del Partido en el cantón si las recientes lluvias torrenciales no habían afectado las plantaciones.

- Una parte de los sembrados en las cercanías del río Chongchon fueron anegados, pero ya los han desaguado y todo es normal.

Indicando un arrozal donde aún quedaban los rastros de la inundación, Kim Il Sung dijo que era importante la irrigación, pero no menos importante el avenamiento y subrayó la importancia del manejo de agua.

Mientras los funcionarios del cantón se arrepentían de no haber tomado medidas de precaución por no haber prestado debida atención al desagüe, el gran Líder volvió a preguntar al presidente del comité:

- ¿Qué tal el cultivo de este año?

- Magnífico.

- ¿Las plantas del secano?

- También.

- Para el éxito en el cultivo, deben esparcir el estiércol y trabajar con diligencia desde la primavera. Así obtendrán una rica cosecha.

Seguidamente, se interesó por la vida de los campesinos y preguntó pensativo:

- ¿Cómo laboran los campesinos?

- Con el júbilo de haber recibido las tierras, se aplican al cultivo y hacen gala de su patriotismo donando al Estado cereales de calidad, para así corresponder a su solicitud.

Esta vez, le preguntó si no era cara el agua de riego, a lo que le respondió que no, pues los campesinos cultivaban a sus anchas el arroz con el agua del río Chongchon, ya pagaron el uso de agua y aun así tenían suficientes provisiones para todo el año.

El gran Líder dijo a sus acompañantes que era necesario rebajar el precio del agua y así mejorar cuanto antes la vida de los campesinos, hoy dueños de la tierra.

Como si fuera poco lo que había hecho para convertirlos en dueños de la tierra, adoptaba esa medida de rebajar el precio del agua, que de por sí no era alto.

Dos bueyes y la propuesta

Fue en agosto de 1947 cuando el gran Líder se entrevistó con un campesino del distrito Anbyon de la provincia de Kangwon.

Tomándole de la mano, respondió cordialmente a sus saludos y lo invitó a sentarse.

Observó un buen rato al campesino que tenía la cara morena por el sol y con ternura le agradeció el hecho de que él, ahora rico gracias a la reforma agraria, fuera a Pyongyang en tren con dos bueyes que tenía en su casa para entregarlos al Estado.

El aludido estaba perplejo por sus palabras de elogio.

Observándolo con afecto, el gran Líder le preguntó:

- ¿Ahora tiene bueyes en su casa?

- No los tengo porque los que he traído eran de mi casa.

- Entonces, ¿cómo va a cultivar la tierra sin el buey?

- La puedo cultivar sin problema, si pido prestados los bueyes de mi padre y mi tío que viven conmigo en la misma aldea.

Desde luego puede cultivar la tierra con los bueyes prestados del padre o del tío, pero no me parece buena su idea de donar los suyos al Estado y cultivar la tierra con la ayuda de los parientes, dijo el Líder en un tono suave.

Pero el campesino insistió:

- Donar los bueyes no es solamente mi deseo sino el de todos mis familiares y parientes, por lo que no puedo regresar a casa con ellos.

Cuando el Líder le hizo hacer una promesa, el campesino afirmó que lo podía hacer si él lo deseaba.

- Si me promete criar dos terneros en lo que va de este año, haré que acepten sus bueyes.

- Ya antes de partir a Pyongyang para verlo, consulté con mi padre y este me dio el consentimiento de que me llevara de su casa un ternero bien crecido. Y la vaca del tío va a parir en otoño y si me dan un ternerito, criar dos terneros no presenta ningún problema.

Solamente entonces el gran Líder dijo con amplia sonrisa que con esa condición él aceptaría los bueyes, muestra del patriotismo de él y sus familiares.

El campesino se levantó de un tirón y le agradeció de corazón que considerara su gesto insignificante como expresión del patriotismo.

Así la propuesta del gran Líder hizo posible que los dos bueyes del distrito Anbyon que por poco iban a regresar a su tierra natal se establecieran definitivamente en Pyongyang.

Una noche en un caserío montañoso

En septiembre de 1947, cuando el gran Líder llegó a una comuna del cantón Onchon del distrito Yangdok tras visitar una central hidroeléctrica en el mismo distrito, el corto sol otoñal se declinaba por detrás de las alturas occidentales.

En la comuna se hallaba la aldea Kujigol, denominada así por su ubicación al fondo de nueve valles profundos y abruptos. Ese era el lugar a donde quería llegar Kim Il Sung.

Recodo tras recodo, subió un buen rato a pie por un estrecho sendero con enredaderas que se extendía interminable por una selva tan tupida densa que impedía ver siquiera a una pulgada de distancia, hasta que divisó una casucha.

Al poco rato, entró en su patio y saludó a un anciano de casi 70 años de edad, diciéndole:

- He entrado de paso en este caserío con cierto objetivo. Debe de pasar mucho trabajo en medio del monte.

- No me lo diga. Son ustedes, encargados de los quehaceres estatales, quienes han pasado mucho trabajo viniendo a un lugar tan apartado como éste.

-Abuelo, ¿lleva mucho tiempo viviendo aquí?

-Sí, hace mucho tiempo que me trasladé aquí. Como los japoneses nos explotaban con más crueldad y eran indescriptibles las penurias en la vida, me adentré en el monte con el deseo de no ver el hocico a los malditos japis y de mejorar la vida cultivando en artigas.

Tomándole cariñosamente de las manos agrietadas y nudosas, el visitante le pidió:

- Abuelo, ¿me dejaría pasar una noche en su casa?

- Desde luego. Me avergüenza la suciedad de la casa, pero pase.

Esa noche, el gran Líder se sentó sin formalismo con el anciano y charló con él.

- ¿Cuánta tierra le entregaron?

- 6 000 *phyong* de la artiga y 600 de la llanura.

- ¿Cómo se siente cultivando su propia tierra?

- Ante todo, con la liberación del país los japis fueron expulsados del país. Gracias al General, cultivo a mis anchas la tierra que me han repartido y hoy vivo con la frente bien alta.

- ¿Qué cereales se dan bien en esta región?-preguntó el Líder al anciano que hablaba con pasión.

- En esta región sembramos principalmente el mijo y la papa, pero no se dan bien por la aridez de la tierra.

El Líder le dijo que la tierra árida se vuelve fértil si se le echa mucho

abono, que no hay tierra mala para el campesino laborioso y que en adelante el Estado abastecería más abono a los lugareños, lo cual puso muy contento al anciano.

- ¿Qué hierbas y frutas se dan mucho en estos montes?

- Se dan muchas frutas como *Actinidia Chinensis* y uvas y peras silvestres y como hierbas tenemos retoños de aralia, helechos, ruiponces, *Codonopsis lanceolada* y *Atractylis ovata*.

El Líder le recomendó sacar provechos del mar y de la montaña en los lugares donde los haya. También le recordó que aquí se daban más frutas silvestres que en Hyesan y la provincia de Kangwon, que una gran variedad de hierbas comestibles y medicinales llenaban sus montes y que si recolectaban y aprovechaban de forma planificada esos productos que se daban en los montes en distintas estaciones del año se podía obtener gran beneficio sin necesidad de hacer muchas inversiones.

- ¡Qué bien! Le escucho y ahora las montañas se me antojan cúmulos de dinero. Me gustaría que usted se lo diga también a otros de la aldea. Si escuchan esa maravilla, esto ayudará a despertar su conciencia. A propósito, usted que todo lo sabe, ¿dónde nació?

- Yo también nací y crecí en un campo de la provincia de Phyong-an- el Líder le respondió sonriente.

- Yo también supuse que es versado en las faenas agrícolas. Hombres procedentes del campo como usted deben dirigir desde el distrito.

De lo contrario, no se podrá orientar acertadamente la agricultura, la ocupación más importante en el mundo.

Comenzó a oscurecer y los dos se sentaron a la mesa para comer. Al anciano le dio pena y lo puso perplejo el hecho de que sobre la mesa estuvieran comidas no elaboradas en su casa.

- ¡Qué pena! Lo correcto sería que el anfitrión agasajara al huésped, pero es usted quien me agasaja…

- No me lo diga.

En ese instante el presidente del comité popular del cantón Onchon que supo tardíamente la visita del Líder llegó a toda prisa respirando con dificultad y le saludó fuera de la puerta.

- Buenas noches, General. Soy presidente del comité popular de este cantón.

Viendo al gran Líder invitar a sentarse al que acababa de llegar, el anciano sintió que todo el cuerpo se ponía tieso como piedra.

- General, siento mucho que no lo haya reconocido.

- Eso no es tan importante. No tenemos por qué mantener la distancia mientras hablamos de la agricultura, la ocupación más importante en el mundo. Yo también debo conocer bien sobre la situación de este lugar.

Luego de llorar de emoción un buen rato, el viejo sacó una libreta pequeña y manoseada y con todo amor anotó algo con un cabo de lápiz.

- General, aquí he dejado constancia de su visita a mi casa y se lo voy a legar a mis descendientes.

- Me parece que lo mejor sería que dejara escrito a la posteridad que recojan el oro en todas las montañas.

El anciano volvió a derramar las lágrimas de emoción.

- Ya no tendré ningún resentimiento aunque muera. Y una cosa: algo debería hacer en un día tan excepcional como este.

Se levantó de un tirón y comenzó a bailar dándose palmadas en las rodillas y moviéndose los hombros.

Fue el gran Líder quien colmó de risas, optimismo y alegría a ese anciano que había llevado una vida penosa sin cantar ni bailar.

En la nueva historia del monte de oro iniciada por él, la vida del anciano acogió la primavera al igual que la aldea Kujigol.

Seis pájaros montañeses

Fue un día de enero de 1948 cuando un carro se detuvo frente a una casa en medio del monte.

El dueño de la casa que acababa de desayunar, miró afuera por la rendija de la puerta para saber qué pasaba y escuchó una voz sonora que lo llamaba.

Cuando abrió la puerta, entre un grupo de personas un joven le preguntó:

- Pasé por aquí para ver si me dejaban entrar en la casa a calentarme un poco.

- Pase, pero la casa está un poco sucia.

En el cuarto, se sentó con el anfitrión y le preguntó qué diferencia había en su vida de antes y después de la liberación del país.

- Este es un mundo para los labradores como nosotros.

- ¿Cuáles son los puntos positivos?

- Muchos. Primero labramos nuestras propias tierras y no tenemos que ver el hocico a los terratenientes. También estos ya no existen y no pueden explotarnos y por eso nuestra vida mejora. De veras, uno puede comer en paz, tiene la conciencia tranquila y duerme con piernas sueltas.

El visitante asintió a sus palabras y le preguntó si no le faltaban los alimentos, si vestía bien, si tenía abrigo para salir y si dormía en colchones.

El anfitrión le respondió que tenía alimentos en abundancia, pero todavía no tenía suficientes colchones. Ahora viven en un nuevo mundo y si cultivan con afán la tierra tendrán una vida mejor, le dijo el joven y le señaló la manera de sustentarse.

Meticuloso es este joven y me gustaría saber quién es ese hombre

que se preocupa tanto por la vida económica de un campesino del monte, pensó éste.

El joven vio en un rincón de la habitación una jaula de pájaros montañeses, supo que los habían capturado los niños de la casa, dijo que esos eran muy buenos y le preguntó si no podía tener algunos de ellos.

- Por supuesto que sí. Son pájaros fáciles de coger- le contestó el anfitrión.

El visitante le dijo que los recogería cuando regresaba de la aldea de abajo a donde iba a visitar y se levantó diciéndole que ya se había calentado bastante.

Luego de despedirse de él, al dueño de la casa le intrigó quién sería ese hombre con un aspecto que le era familiar. Llegó a identificarlo con el General Kim Il Sung cuya foto había visto en un periódico, pero pronto descartó esa idea, pues no podía creer que él visitara su casa en medio del monte.

Con todo, movido por un presentimiento extraño corrió a la aldea de abajo, donde comprobó la certeza de su deducción y se desplomó en el suelo, regañando a sí mismo que no había reconocido al General a los tres años de la liberación del país.

Cuando llegó a su casa con el deseo de anunciar esa noticia alegre a sus familiares, su esposa le contó que el joven volvió a visitar su casa

como había prometido, se llevó seis pájaros y en cambio puso en la mano de un hijo un sobre con bastante dinero.

Al percatarse de la razón por la cual él quiso llevarse los pájaros y que el dinero que había dejado revestía un sentido más profundo, el dueño de la casa salió afuera con el sobre en la mano.

Y mirando con las lágrimas por las mejillas hacia donde se fue el General, le expresó su más sincero agradecimiento.

El deseo de vida de un anciano

En mayo de 1948, Kim Il Sung que hacía viajes de orientación llegó a la hora de almuerzo a una presa en el distrito Taedong de la provincia de Phyong-an del Sur y sugirió a sus acompañantes poner la mesa e invitar a unos lugareños de más edad.

Cuando ellos llegaron, les dijo afectuosamente que los había llamado para charlar almorzando.

- Se lo agradecemos de todo corazón.

- Almorcemos juntos. Sírvanse sin pena aunque no es abundante la comida. Afuera la comida sabe mejor que adentro.

Conversó con ellos para conocer sobre la reforma agraria y la situación de sus familias.

- ¿Cuántos hijos tiene?- preguntó a uno de ellos.

- Dos varones pequeños y una hija.

- Y, ¿eso que tiene tan pocos hijos?

- Era sirviente de un terrateniente y me casé tarde, a los cuarenta años.

Ahora el Líder le preguntaba a otro de apellido Yom:

- Y usted, ¿cuántos hijos tiene?

- Un par de hijos.

- Y, ¿eso por qué?

- Antes de la liberación, mi esposa murió sin probar medicamento.

El gran Líder compartió sus tristezas y dijo que ahora los obreros y campesinos eran dueños del país y de la tierra, que todo pertenecía al pueblo y que por eso en todas las familias debían darle enseñanza superior a sus hijos para que fueran excelentes pilares del país.

Sumamente agradecido, Yom se levantó de un tirón del asiento y le hizo una profunda reverencia, diciéndole:

- El deseo de mi vida es que mis hijos se gradúen de la secundaria y la enseñanza superior es demasiado para ellos.

- Deben enviarlos sin falta a los institutos superiores.

- Gracias, General.

- Buena salud y larga vida. Sus hijos tendrán sin falta la enseñanza superior.

Al despedirse del gran Líder, el anciano Yom tembló de emoción los hombros sin poder agradecerlo al Líder quien le apreció su sueño de toda la vida.

En una casa campesina

En mayo de 1948, el gran Líder visitó una casa campesina a la entrada de una aldea de la comuna Nam.

Luego de intercambiar saludos con su dueño, le preguntó sobre la situación de su vida:

- ¿Ha mejorado un poco su vida después del reparto de las tierras?

- Claro que sí.

El anciano le explicó que de siete miembros de su familia cuatro trabajaban, que cultivando los extensos labrantíos ya no se preocupaba por los alimentos, que también tenía bueyes, cerdos y todo tipo de animales domésticos y que esto dejaría atónitos a los terratenientes.

Viéndolo tan contento, el gran Líder fue al establo donde había cerdos de unos 70 u 80 kilos y le preguntó qué hacía con ellos.

- Los matamos y comemos en la casa y también los vendemos.

- Sería mejor venderlos a la cooperativa de consumo y comprarle la

cantidad que necesitan cada vez que quieran comerlo. Si lo matan en la casa, podrán comerlo en ese momento, pero después no lo pueden comer aunque quisieran.

Una vez en la cocina, abrió la tapa de una olla y dijo, algo alarmado:

- ¿No es este el arroz con el maíz? Veo que no tienen suficiente cantidad de arroz.

- No es eso. Como todos le dijimos a mi esposa que el arroz con el maíz nos da más energía, ella lo ha cocido hoy como una excepción. En el desván tenemos de sobra el arroz.

- Entonces, ¿podría mostrarme el arroz?

El anciano le destapó las tinajas llenas de arroz y solamente entonces el visitante manifestó su despreocupación con una amplia sonrisa en el rostro.

En ese momento la señora de la casa le acudió para saludarlo y él le dijo con afecto:

- Sin su permiso, he hecho destapar las tinajas de arroz. Hasta luego. Nos vamos.

-General, no puede irse así.

A los dueños de la casa les apenó el no haber invitado al visitante a entrar en el cuarto y les intrigó que él los visitara.

Ciertamente, en medio de su apretado programa de actividades él los visitó para conocer la situación de alimentos de los campesinos en el

período de las faenas agrícolas más intensas y se fue alegre y satisfecho de verificar que ellos vivían sin preocupación y confortablemente.

Dicha del anciano con muchos descendientes

Lo siguiente ocurrió en junio de 1948.

Ese día el automóvil que llevaba al gran Líder se introdujo en un camino de carretas de bueyes de una aldea del distrito Kilju.

En el camino angosto, los carros avanzaron con lentitud debido a los charcos formados por las copiosas lluvias de la noche anterior, hasta que el primero de todos se detuvo con las ruedas hundidas en el fango.

Junto a otros funcionarios, el gran Líder empujó el carro y en ese empeño sus zapatos se embarraron de fango.

Cuando un acompañante se lo indicó, él dijo que lo mismo pasaba con su calzado, que no tenían por qué preocuparse de sus zapatos embarrados, que eso no era nada comparado con los campesinos que trabajaban con el calzado enfangado durante toda la vida y que para encontrarse con ellos uno debía llevar fango en los zapatos.

Al entrar en el patio de la primera casa que encontraron a la vera del camino, saludó a un anciano sentado en la tarima y cuando este le

devolvió el saludo levantándose a toda prisa le preguntó:

- ¿Lleva mucho tiempo viviendo en esta aldea?

- Sí, vivo aquí desde que he nacido.

- ¿También a usted han distribuido las tierras?

- Sí, gracias a su gran benevolencia, por primera vez en mi vida tengo mi propia tierra.

- No me lo agradezca a mí. Estoy contento de que tengan sus propias tierras.

También le preguntó cómo era su vida en comparación con antes de la liberación del país.

El viejo le contó que él, sirviente de un terrateniente antes de la liberación, tenía ahora más de 50 descendientes entre hijos y nietos, que todos los que tenían la edad apta para estudiar iban a la escuela y que él no se había imaginado jamás que viviría en un mundo tan bueno.

El gran Líder evaluó altamente que él tuviera tantos descendientes y dijo sonriente que ahora todos los campesinos llevaban una vida holgada teniendo sus propias tierras, que sus hijos iban a la escuela y que era necesario que todos ellos aprendieran con aplicación y se formaran como excelentes trabajadores del país.

- Gracias.

- En un mundo como este usted debe tener una larga vida. Nos vamos.

- General, buen viaje. En este mundo no habrá un viejo tan afortunado como yo, se lo aseguro.

A decir verdad, el afortunado no era solamente él sino el entero pueblo coreano.

Traza la línea para el canal de 5 000 *ríes*

Un día de septiembre de 1948, tras recorrer una a una las importantes obras de construcción para la irrigación de Phyongnam, en vísperas de la inauguración, el gran Líder visitó una aldea al extremo de la llanura Yoldusamcholli.

Mientras indagaba la situación de la aldea a un funcionario del comité popular de la comuna, preguntó:

- Cuando venía, vi grandes extensiones de cañaverales que pueden ser excelentes labrantíos. ¿Podría explicarme su razón?

- A falta de agua, no irrigamos ni siquiera los terrenos cultivables y los dejamos sin labrar.

- ¿Cuánta tierra dejan sin labrar?

- Solamente los cañaverales llegan a más de 60 hectáreas.

De inmediato, se dirigió a una ciénaga poblada de cañas y luego

de recorrerla sin que le importara que se hundieran sus altas botas, dijo apenado que la dejaran en barbecho y que por muy ocupado que estuviera iba a pasar esa noche en ese lugar para conocer con detalle la vida de los campesinos y la agricultura.

- Aquí no hay agua potable y no sería una buena idea alojarse en este lugar-le sugirió un funcionario, pero él lo reprobó diciendo que le bastaba el agua que se tomaban los lugareños.

En aquel entonces ellos, por falta de manantial, recogían el agua de la lluvia o colaban el del charco para tomar.

Muy perplejo, el ayudante le dijo:

- General, los lugareños se toman el agua estancado y sin esterilizar.

- No importa. La tomaremos hervida.

Se albergó en una casa y de noche se reunió con unos campesinos. Tuvo en alta estima su afán de cultivo, dijo que si antes de la liberación del país eran humillados por el maltrato de los japoneses y terratenientes ahora no tenían por qué acomplejarse pues se habían convertido en dueños del país y soltó una carcajada.

- ¿Qué tal el cultivo este año?-preguntó al presidente del comité popular de la comuna.

- No es tan bueno. Persistió el frío tardío, no trasplantamos a su debido tiempo las posturas de arroz en la primavera y encima sufrimos daños por la sequía.

Al darse cuenta de que en el cultivo también el problema era el agua, estuvo pensativo un buen rato y dijo que no por casualidad decían que los campesinos de ese lugar dependían por entero del cielo para el cultivo, que el agua era lo más valioso para los agricultores de la llanura Yoldusamcholli, que el agua era lo más importante y que por eso decidieron realizar la obra de irrigación de Phyongnan en el primer año de la liberación del país.

Hasta bien avanzada la noche discutió el problema de la agricultura y el de agua y a la lumbre del carburo de calcio revisó el plano del sistema de irrigación hasta el amanecer.

- General, está amaneciendo y ahora debe descansar un poco-le pidió encarecidamente un funcionario.

Pero él le dijo que no podía conciliar el sueño si pensaba en los lugareños que trasplantaban retoños de arroz abriendo hoyos con palos hasta que se les desgastaran los extremos de los dedos y que iba a descansar a pierna suelta después de realizar su sueño del siglo. Recomendó a otros que no se preocuparan por él y descansaran. Y de su puño trazó sobre el plano una línea donde pronto se construiría un canal de riego de 5 000 *ríes*.

Hace virar el coche

Un día de enero de 1949, el gran Líder quien dirigió sobre el terreno las labores del distrito Sukchon de la provincia de Phyong-an del Sur e incluso pasó por la entonces comuna Samhwa del cantón Sain, emprendió el retorno a Pyongyang bien entrada la noche.

Tras una reflexión divisando los objetos que desfilaban más allá de la ventanilla en medio de la oscuridad, dijo quedamente que en la primera casa que visitaron y que a su parecer había sido la más pobre de la aldea antes de la liberación hablaron un ratito con el dueño fuera de ella y que esto le producía una pena indescriptible.

Se refería a la primera casa que visitaron en la comuna Samhwa.

Es muy probable que el dueño de la casa se sintiera muy triste pensando que por el miserable aspecto de la casa el primer ministro estuvo un rato en el patio y se fue sin entrar en ella, dijo y propuso volver a esa casa y pasar allí una noche conversando con el dueño.

El ayudante, asombrado, no supo qué decirle.

Enseguida el coche se encaminó a dicha aldea. Cuando se aproximaba a ella, el Líder encomendó entrar en ella en silencio, porque si los aldeanos se percataban de su regreso acudirían a ellos para darles

bienvenida, sin siquiera dormir bien a esa hora.

Hizo parar el carro bajo un fresno a la entrada del poblado y propuso comer frugalmente en el mismo automóvil lo que quedaba del almuerzo, de modo que los anfitriones no tuvieran la necesidad de preparar la comida.

A su ayudante le dio mucha pena el tener que servirle la comida tardía y seca en el coche y bajo un frío intenso.

Pero el Líder lo consoló diciéndole que no pasaba nada, pues cuando luchaban en las montañas no podían darse el lujo de tomarse el arroz y la sopa calientes en un cuarto cálido.

Cuando visitaron la referida casa eran las 12 y 20 de la madrugada.

El Líder llamó en voz baja a su dueño y le explicó el motivo de su retorno y el anciano se lo agradeció de corazón.

Luego los dos charlaron en un ambiente ameno:

- ¿Qué tal su vida?

- Cultivo la tierra que usted me ha dado y hasta he comprado un buey.

- Me alegro mucho de saberlo. Antes nuestros campesinos sufrieron mucho generación tras generación por falta de ese animal de tracción.

- El buey no es lo único que he resuelto con la reforma agraria. Ahora tengo un juego completo de cobertores y útiles de cocina.

- Así que lo tiene resuelto todo después de la reforma agraria-dijo el

Líder sonriente-Abuelo, yo confío en usted y usted me ayuda para que trabaje mejor.

- General, gracias. El pueblo enaltecerá solamente a usted.

Así transcurrió la noche. A eso de las cinco de la madrugada, el visitante dijo que se iba y el anciano le solicitó encarecidamente:

-General, el desayuno que preparamos no está nada bueno, pero tenga la bondad de tomarlo, pues ese es mi mayor deseo.

El gran Líder se lo agradeció, pero lo declinó diciendo:

- ¿Por qué lo han preparado si aún no viven en abundancia? Partimos y en un momento llegamos a Pyongyang.

- Es mi más sincero deseo, así que tenga la generosidad de acceder a mi solicitud.

Sin poder rechazarla, el visitante desayunó con él. Antes de irse, le dijo que le había molestado mucho y le deseó larga vida.

Come con unos campesinos

En octubre de 1949, mientras pasaba por el barrio Hungju para ir a Kanggye, el gran Líder hizo detener el carro frente a una escuela primaria y la recorrió.

En la casa del director del plantel, situada al lado del mismo, platicó

con unos campesinos de la aldea y vio una simple función artística preparada por los alumnos. De pronto, el sol se puso y oscureció.

El gran Líder retuvo a los campesinos que se levantaban presurosos y pidió a un acompañante que hiciera la mesa.

Los aldeanos no tardaron en percatarse de su error. Aunque eran anfitriones que debían ofrecerle al visitante una mesa opípara, era este quien les invitaba a comer.

El Líder vertió el licor a cada uno de ellos y esto los puso en un mayor aprieto.

- ¡Qué pena! Debíamos agasajar con un buey a usted que ha visitado a nuestra aldea, pero somos nosotros quienes hemos sido invitados por usted. Lo sentimos de veras.

- ¿Tiene el buey en su casa?-preguntó el Líder a uno de ellos.

- Sí, cultivé la tierra que hoy es mío gracias a usted y hace poco compré un buey.

El Líder hizo un cálculo mental y dijo:

- ¿Lo ven? Compró un buey con lo que ganó durante cuatro años. Y si lo mata por mi visita, tendrá que esperar otros cuatro años para tener otro nuevo.

Así logró que no se apenaran tanto.

De tanta emoción, los campesinos no pudieron seguir hablando.

Explica las ventajas del tractor

Fue un día de noviembre de 1949 cuando el gran Líder visitó una comuna del distrito Jaeryong.

Luego de observar por largos ratos la arada de un tractor en una extensa llanura, se acercó a un campesino, le saludó y le preguntó indicando con la mano el tractor:

- ¿Qué es mejor, arar la tierra bien profundo o poco profundo?

- Me parece que es mejor ararla bien profundo.

- Si la aran bien profundo y le echan bastante abono, ¿qué cantidad de cereales pueden producir en un *majigi*? (medida de superficie equivalente a 500 metros cuadrados).

- Más de seis *som* (medida de cantidad equivalente a 180,3kg-N. del Tr.).

A la pregunta del Líder de si se podía cosechar más con la arada otoñal, el campesino no supo cómo contestar. Le faltaban las experiencias como labrador, porque antes de la liberación del país se trasladaba de aquí allá laborando principalmente en minas y construcciones.

El Líder preguntó a otros si había alguien experimentado en las faenas agrícolas y viendo a un campesino de edad avanzada dar un paso

adelante, le preguntó con afecto:

- ¿Qué opina de la arada con ayuda del tractor?

- Gracias al tractor que usted nos envió podemos vivir con mayor dignidad, sin necesidad de pedir prestado bueyes a los adinerados.

- Pero, ¿por qué a algunos no les agrada la arada del tractor?

Ante esta pregunta, los campesinos se ruborizaron. La verdad era que por el excesivo amor a su tierra, no veían con buenos ojos que el tractor destruyera linderos y arara todos los labrantíos, sin importar a quién pertenecieran.

Contemplando el extenso campo, el Líder mostró gran satisfacción por la velocidad y otras ventajas del tractor y aseguró que en un futuro cercano realizarían todas las faenas agrícolas con ayuda de la máquina.

Esto facilitará el cultivo, mejorará la vida de los campesinos y modernizará el campo del país, afirmó.

El motor del tractor que araba la llanura resonó alto anunciando el comienzo de la mecanización de la labor agrícola.

Primer tractorista del país

En noviembre de 1949, el gran Líder fue a una granja experimental en Sariwon para ver arar el tractor.

Cuando le preguntó a su conductor jefe cuándo aprendió a manejarlo, él le contestó que lo aprendió en 1947 en Pyongyang.

El Líder lo presentó a sus acompañantes como primer tractorista del país.

También le preguntó cuántos eran su familia, si no le costaba arar con el tractor y si este funcionaba sin averías.

El conductor le contestó que al principio le costaba trabajo, pero ahora que dominaba más tecnología y tenía más experiencias ya no le costaba tanto trabajo como antes y que la máquina funcionaba sin ningún problema.

Al escuchar con satisfacción su respuesta, lo observó con una mirada llena de confianza.

En adelante, debe estudiar con aplicación, poseer más tecnología, formar a muchos tractoristas de reserva y ser precursore en la mecanización de las faenas agrícolas, apuntó.

Agregó que los campesinos coreanos, acostumbrados por muchos años a cultivar la tierra con arcaicos aperos, derramando sangre y sudor por la explotación feudal y la cruel represión del imperialismo japonés, consideran un misterio cultivarla con la máquina y están renuentes a introducirlo.

Ahora se ha hecho realidad su sueño secular de tener su propia tierra, señaló. Subrayó la necesidad de desarrollar la industria nacional, fabricar

muchas y diversas máquinas agrícolas y liberar a los campesinos de las faenas engorrosas. También recomendó que en la granja experimental de Sariwon debían inventar gran variedad de máquinas, mejorar los implementos convencionales y hacer muchos experimentos para facilitar el trabajo agrícola.

Escuchándolo, el tractorista comprendió la importancia del deber que asumía en la mecanización agrícola.

Los tres coetáneos conversan

En la madrugada de un día de julio de 1950, de regreso a Pyongyang luego de una inspección al frente, Kim Il Sung escuchó el sonido de la campana que emitía un buey en medio de la oscuridad e hizo parar el automóvil.

Alguien le dijo que unos campesinos iban al frente para llevar el trigo a los combatientes. Indicando el cielo iluminado por bombas de iluminación, dijo que a pesar de las desesperadas maniobras de los yanquis, también esta noche nuestros campesinos ayudaban a los soldados del Ejército Popular y que eran realmente valerosos. Expresó su deseo de charlar un rato con aquellos campesinos, se apeó del carro y se encaminó hacia un gran castaño.

Sentado sobre una roca con ellos, les repartió los cigarrillos y de repente les preguntó la edad, a lo cual uno dijo que ambos tenían 38 años. Le preguntó cuándo cumplían años y le contestó que el otro en noviembre y él en diciembre.

Entonces, los tres somos coetáneos, pero ustedes son menores que yo porque yo cumplo años más temprano, les dijo y prorrumpió en carcajadas.

Entre los coetáneos, podemos hablar con toda franqueza, dijo y agregó:

- Como aquí no hay arrozales y son pocas las llanuras, debe de ser precaria la situación alimentaria de los campesinos. A pesar de todo, se disponen a enviar alimentos a los soldados. Esto puede empeorar más su situación de alimentos.

- Eso no nos preocupa mucho, porque poco después tendremos el maíz precoz.

Esta respuesta dio mucho que pensar al Líder.

Un campesino le dijo que antes su aldea era un lugar pobre porque sus lugareños subsistían a duras penas con el mijo y la patata, pero que hoy llevaban una vida holgada porque el General les dio la tierra y el fertilizante y muchas familias campesinas tenían incluso los bueyes y que era muy natural que ellos hicieran aportes para el país.

- Podremos vivir mejor si rechazamos a los yanquis-añadió otro campesino.

Con una buena retaguardia, podemos ganar la guerra, afirmó el Líder. También dijo que después de vencer en la guerra tendrían por delante muchas tareas, pero ante todo iban a poner un gran empeño en mejorar la vida de los campesinos, que el Estado iba a invertir fondos para construirles casas de tejado, beneficiarlos con la electricidad y hacer obras de irrigación para todos los terrenos cultivables, que si se proponían podían convertir sus tierras natales en lugares agradables para vivir. Así explicó detalladamente lo que debían hacer los agricultores, hoy dueños de la tierra.

Sus coetáneos le agradecieron sus útiles recomendaciones.

En sus corazones se grabó nítidamente la afectuosa imagen del gran Líder que les infundió la fe en la victoria y que les proyectó el esplendoroso futuro de su tierra natal.

Trilladura en la aldea Rimsonggol

Un día de noviembre de 1950, el gran Líder visitó por la mañana la casa de un campesino en la aldea Rimsonggol.

Saludó afablemente a él y su esposa como si fuera un vecino suyo y entró en el patio donde se desperdigaban las espigas de sorgo.

Al anfitrión que salía precipitado a su encuentro, le instó a seguir

trillando el sorgo y pasó la mirada por el patio:

- Un día frío como hoy es adecuado para trillar la soya, en vez del sorgo.

- Lo hacemos para la entrega de impuestos en especie.

El visitante recomendó al matrimonio trillar juntos y tomó en la mano un mayal.

Cada vez que el mayal golpeaba el sorgo con cadencia y daba un ruido semejante al silbido, de las espigas salían cereales bien maduros.

Un ambiente animado fue reinando el patio.

Viendo a su ayudante asombrado por su manejo del mayal, el Líder le preguntó:

- ¿Tú también has trillado alguna vez?

- Cómo no. Lo hice muchas veces cuando estaba en el noreste de China.

Como desde niño se había fogueado en las faenas agrícolas, comenzó a trillar con la mayal que le había entregado el Líder.

Mirándolo, este elogió su destreza, lo cual lo estimuló a trillar con mayor fuerza hasta que en un momento falló y golpeó su propia oreja, provocando la risa de todos.

Sonriente, el Líder propuso un receso a los anfitriones y se sentó sobre el entarimado. Reparó en un cúmulo de cañas con mazorcas de maíz en la parcela frente a la casa.

- Eso que veo son cañas de maíz, ¿verdad? Todavía llevan las espigas- señaló y preguntó al anfitrión qué trabajo realizaban los campesinos en esos días, si todavía había muchas cañas con mazorcas.

Le recomendó al ayudante:

- Ustedes deberían ayudarlos en esa labor. Comunica a las unidades militares estacionadas en Kosanjin para que ayuden a los campesinos en sus faenas.

Así en plena guerra la gente presenció una escena impresionante en que los militares ayudaban a los campesinos del monte en la cosecha otoñal.

Pone a cultivar la tierra a sus parientes

Un día de febrero de 1951, el gran Líder citó a su ayudante jefe a su despacho de la Comandancia Suprema localizada en la comuna Konji para que trasladara a sus tíos y demás parientes varones que estaban en la retaguardia a Mangyongdae y ponerlos a cultivar la tierra.

Esto asombró mucho al ayudante jefe.

Aun cuando se liberó el país y Kim Il Sung fue electo jefe del Estado, su abuelo Kim Po Hyon, su tío Kim Hyong Rok y otros parientes no abandonaron la labor en el campo, diciendo que la agricultura es la

ocupación más importante en el mundo.

Como conocía bien esas cualidades de sus parientes, el gran Líder dijo que ellos, conscientes de que ahora el pueblo había superado las pruebas de la retirada temporal estratégica y luchaba con dificultad por la victoria en la guerra, querrían hacer cualquier trabajo en Pyongyang, que si les pidieran que labraran la tierra en Mangyongdae, lo aceptarían de buena gana, que esto concordaba con su deseo, sería bueno para su salud y también para mantener la tradición de nuestras familias de Mangyongdae y Chilgol, cuyos miembros eran trabajadores generación tras generación…

De ahí que los parientes del gran Líder se colocaron a la cabeza del empeño por la producción cerealera en la guerra, cultivando la tierra como simples campesinos en Mangyongdae y las cercanías de Pyongyang.

Campesino de honor

En la comuna Wonhwa hay una parcela donde el gran Líder sembró semillas durante la guerra.

En mayo de 1952 cuando él llegó a ese secano, unos campesinos estaban sembrando la semilla de arroz.

Valoró su trabajo y los llamó para estrechar sus ásperas manos.

Viendo a unas mujeres conducir los bueyes camuflados para la arada, dijo:

- Las mujeres aradoras son dignas de alabanza.

Conversando con ellas se dio cuenta de que pertenecían a los grupos de ayuda mutua y de uso común de bueyes y que cada cinco o seis familias compraban un buey para aprovecharlo en común.

- Es digno de elogio que en la comuna Wonhwa hayan organizado para el cultivo los grupos de ayuda mutua y de uso común de bueyes. Unir las fuerzas y ayudarse mutuamente en el cultivo es una virtud tradicional de nuestros campesinos-dijo.

Con gran satisfacción apoyó la labor de los campesinos y con una cesta de semillas en la mano comenzó a sembrarlas a lo largo de dos lomos.

Vio a un anciano que hacía el mismo trabajo a su lado y le dijo sonriendo:

- Vamos a hincar una estaca entre sus lomos y los míos para comprobar en cuáles de ambos se ha dado mejor el arroz en el otoño.

Mientras sembraba ese día, él concibió el proyecto de la colectivización agrícola en todo el país.

Tres años después volvió a la comuna y con suma alegría verificó el incremento del número de los vigorosos brazos masculinos gracias al cese al fuego.

Ahora el trabajo les proporcionará mayor placer porque ha aumentado el número de los desmovilizados y miembros de la Juventud Democrática, dijo con alegría. Añadió que él también era miembro de la cooperativa, que no estaba seguro de que serviría de alguna ayuda y llamó a todos a cultivar bien la tierra y desarrollar la cooperativa de Wonhwa.

Desde entonces la visitó varias veces al año y casi todos los años y la orientó a que culminara la cooperativización sin desvío alguno.

Hasta el último período de su vida fue su "campesino de honor" e hizo cuanto pudo por la granja.

Lleva en su carro a una campesina

Por la noche de un día de mayo de 1953, cuando el carro acababa de pasar un puente, el gran Líder hizo detenerlo, abrió la puerta y se apeó.

Señalando con el dedo a una mujer con un bulto a espaldas, sugirió a su ayudante que la montara en el coche.

Sin siquiera saber quién era él, ella se lo agradeció. Él la invitó a sentarse cómodamente y le preguntó cuántos eran su familia. La mujer le contó que eran tres, que su hijo servía en el Ejército Popular y ella vivía con su suegra y que como su difunto esposo había sido el único varón de

la familia al igual que su padre y abuelo, no tenían parientes cercanos.

El gran Líder observó atentamente su rostro con arrugas y sus manos endurecidas por el trabajo. Vio en ella, que cultivaría sola la tierra a esa edad avanzada sosteniendo a la suegra, a todas las demás coreanas que estaban en similares condiciones. Dedujo que sufriría mucho y que le costaría mucho labrar sola la tierra y le preguntó si no le gustaría que le enviasen a casa a su hijo.

Ella se sobresaltó y le contestó que si no existiera el país no se podría cultivar la tierra con tranquilidad, que ella no podía permitir que su hijo abandonara el campo de batalla y que ella sola podía realizar las labores agrícolas.

Muy contento de que ella pensara en el país antes que en sus padecimientos, el Líder le dijo que el hijo retornaría sin falta como vencedor y que hasta entonces ella debía labrar bien la tierra sosteniendo a la suegra.

Así hablaron largo y tendido, hasta que el coche llegó a un cruce. El Líder abrió la puerta y la ayudó a bajar.

Siguiendo con la mirada las luces del automóvil que se alejaba, la mujer se preguntó quién sería aquel hombre y pensó que no era uno cualquiera esa persona que con todas sus ocupaciones la montó en su carro a altas horas de la noche y le preguntó por la situación económica de la familia y el cultivo.

“Pero les darán un poco”

A fines de marzo de 1957, mientras se interesaba por la agricultura en la provincia de Hamgyong del Sur el gran Líder supo que el año pasado en la entonces Granja Cooperativa de Ponghwa del distrito Hongwon obtuvieron una rica cosecha y de tanta alegría se dirigió sin demora a esa granja.

Se reunió con dos ancianos de mayor edad y departió con ellos.

- Anciano, ¿cuándo ingresó en la cooperativa?-preguntó a uno de ellos.

- En 1954.

- ¿Lo hizo por la instancia de alguien?

- No, voluntariamente.

Satisfecho por su respuesta, averiguó lo que le tocó en la cosecha del primer año y en la del siguiente año.

El interrogado le respondió que en el primer año le entregaron 20 *som* de arroz e igual cantidad de papas y en el segundo año 41 de arroz y 40 de papas.

El visitante le preguntó cuántos trabajaban en la familia y cómo vivían y al saber que eran dos brazos y vivían holgadamente se puso contento.

Seguidamente preguntó al otro anciano sobre su situación económica, a lo que él le respondió con regocijo que en el primer año le tocaron 10 *som* de arroz e igual cantidad de papas y en el segundo año 20 de arroz e igual cantidad de papas.

- Entonces a todos los campesinos se les distribuyó el doble como promedio.

Sus palabras colmaron de alegría a todos los agricultores que lo rodeaban.

El Líder sintió que con la risa se le quitaba todo el cansancio y de repente preguntó en tono serio a los viejos:

- ¿Dan un poco de lo que recibieron a sus hijos?

- Los jóvenes deben ganarse el sustento por cuenta propia y nosotros, los viejos, no tenemos por qué darles lo que hemos ganado.

Ante esta franca respuesta, el Líder rió a carcajadas. Acto seguido, dijo recorriendo la mirada al público:

- Pero les darán un poco.

Sus palabras provocaron otra risa estruendosa a todos, quienes se sentían de lo más felices por su vida económica que mejoraba día a día gracias a la solicitud del gran Líder.

Advierte el viejo concepto

En junio de 1957 el gran Líder visitó la entonces cooperativa agrícola de Paegun.

Por entonces ella se veía seriamente afectada por la gran sequía que persistía desde la primavera. Para colmo, en todos los estanques y presas se agotó el agua y por tanto aunque había llegado el mes de junio no podían trasplantar las posturas en sus numerosas terrazas de arrozales.

Sintiendo un dolor agudo ante ese panorama, el visitante se refirió a la necesidad de continuar adoptando medidas para prevenir los daños de la sequía, no esperar que cayera la lluvia del cielo sino saber aprovechar lo que podía ofrecer el subsuelo y construir albercas y cavar pozos y estanques para así superar los daños de la sequía.

Eso mismo hicieron en la granja en lo que quedaba del año. Como resultado, lograron irrigar las terrazas y obtener una cosecha sin precedentes en los arrozales y los secanos.

En su nueva visita a la granja en agosto de 1963, el gran Líder contempló con satisfacción los labrantíos donde ondeaban las espigas de arroz y tuvo en alta estima el esfuerzo de los campesinos y el buen crecimiento de arroz.

Jamás debemos confiar en el cielo, concluyó con una carcajada.

Sentado en el lindero de un arrozal

Un día de abril de 1958, el gran Líder vio un tractor averiado en su viaje de trabajo.

Se le acercó, pisó la oruga, abrió la puerta de la cabina del conductor y preguntó al maquinista que yacía boca arriba debajo del tractor:

- ¿Es una gran avería?

- Le falta un tornillo.

- No es tan grave la avería.

El tractorista interrumpió un instante el trabajo y miró afuera. Para su sorpresa, allí estaba el gran Líder.

Con una leve sonrisa, este le dijo que no se apurara y que continuara el trabajo.

Cuando él salió de debajo del tractor, le tendió su mano diciéndole que se cuidara de no tocar el hierro con el cuerpo.

Luego de preguntarle con ternura si no le costaba mucho trabajar, le aconsejó que si uno descuidaba algo considerándolo como insignificante, esto podía causar una gran avería. Un tornillo es capaz de inmovilizar la máquina entera, le dijo.

Le sugirió repararla periódicamente y, traspasando los surcos, se

encaminó al centro del labrantío.

De ahí observó el terreno arado y calificó de formidable la mecanización de la labor agrícola.

Volvió a donde estaba el tractor y arrancó unas hierbas secas para tenderlas sobre el lindero. Tomando del brazo del tractorista, lo invitó a sentarse con él sobre las hierbas secas.

Le preguntó dónde era su pueblo natal, si sus padres vivían y desde cuándo conducía el tractor.

El interrogado le contestó que él era de Yangdok, que su madre se murió y él vivía con su padre, que se graduó de un centro de formación de tractoristas y que llevaba apenas unos meses conduciendo el tractor.

El Líder le dijo que aunque tenía poca experiencia aró muy bien la tierra.

Arreglando su ropa de trabajo y abotonándole la camisa, le preguntó si llevaba una gruesa ropa interior.

Le recomendó tomar precauciones contra la gripe, lavar la ropa y bañarse con frecuencia y trabajar con el cuerpo sano. Además, le recordó que la máquina es como la persona, puesto que, no se avería si se la examina y repara con regularidad.

Finalmente se levantó despacio y, tomándole afectuosamente de la mano, le dijo que se iba.

Grabando en el alma su propósito de liberar a los campesinos de los

trabajos engorrosos que venían realizando siglo tras siglo, el tractorista condujo la máquina empuñando fuertemente la palanca.

"Doctores son los compañeros como este"

Al atardecer de uno de los primeros días de febrero de 1959, un joven común que criaba conejos en una cooperativa agrícola del distrito Kim Chaek subía las escaleras de la sede del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea, guiado por un funcionario.

El gran Líder apretó efusivamente la mano de él que le hacía una profunda reverencia y se lo presentó a otros cuadros que lo acompañaban.

Tomándole de la mano, lo sentó a su lado, le preguntó por la salud y la situación económica y le pidió que hablara sobre sus experiencias en la cría de conejos ante los miembros del presídium del Comité Central del Partido allí reunidos.

Esto desconcertó al joven y aunque se levantó no pudo abrir la boca al instante.

Dibujando una sonrisa afable, el Líder le dijo que no se cohibiera y que expusiera todo el trabajo que había realizado.

El joven explicó que escogió diez conejos de buena raza, que aplicó métodos científicos en la cópula y el cuidado de conejitos y que ahora incrementó a 426 el número de esos animales. También contó con lujo de detalles sus experiencias en la prevención de enfermedades con el uso de hierbas medicinales que crecen en el monte y en el pasto de conejos que le permitió aumentar su número con poca mano de obra.

Escuchándolo, el Líder movió la cabeza en señal de aprobación y ensalzó su trabajo. A ratos anotó en una libreta lo que acababa de escuchar.

Cuando el joven habló de los experimentos que realizó para que el animal pariera más crías y de un pastizal que acondicionó para la alimentación del conejo, valoró altamente lo mucho que se esforzó para multiplicarlos.

El joven le dijo:

- Yo no creo que el conejo sea un animal difícil de criar. Y estoy convencido de que si uno se propone de veras, teniendo presente la enseñanza del gran Líder de criar muchos conejos, con toda certeza puede lograr el parto de muchas crías y producir la carne a base de yerba.

Dirigiéndose a otros dirigentes, el Líder dijo:

- Los doctores están precisamente en el campo. Y son los compañeros

como éste. Sería bueno insertar su exposición en periódicos, revistas y otras publicaciones.

Posteriormente, el joven divulgó sus experiencias recorriendo distintas partes del país.

A través de la exposición de un joven ordinario del campo, el gran Líder se convenció una vez más de cuán justo era hacer de la cría de conejos un movimiento de masas y concibió el proyecto de fomentarlo en todo el país.

Primeras huellas en la marisma

Fue en junio de 1960 cuando el gran Líder visitó una marisma con el fin de averiguar sobre su roturación.

Dio unos pasos hacia la marisma y la contempló por un buen rato.

Instó a los funcionarios que lo acompañaban a entrar con él en la marisma y se dirigió hacia ella.

Esto desconcertó a sus acompañantes, puesto que de allí a la marisma no había ningún camino que pudiera llamarse como tal. Exceptuando unas diez hectáreas de arrozales roturados, todo lo demás eran pantanales.

- Avancemos un poco más-dijo el Líder caminando en dirección del pantanal.

- Líder, no debe ir más lejos. No hay más camino-le recomendaron los funcionarios.

- Avancemos más. ¿Qué tememos si lo hacemos por el pueblo? Si no hay camino, seremos los primeros en abrirlo en esta marisma-diciéndolo, caminó sin vacilación hacia el pantano.

Dejando atrás el cenagal y el cañaveral, avanzó cientos de metros hacia el mar y luego de contemplar la extensa llanura, dijo a los funcionarios:

- Es formidable. Tiene una amplia perspectiva. Aquí levantaremos una granja estatal. Aquí sería difícil trasplantar posturas de arroz, así que crearemos una granja estatal que cultive el arroz sembrando directamente sus semillas.

También subrayó la necesidad de roturar la marisma construyendo un largo dique en pleno mar, construir viviendas acogedoras sobre la loma costera y movilizar en la roturación de la marisma no a los campesinos sino a los obreros pertenecientes a una empresa consagrada a ella.

Más tarde, en esa marisma donde él abrió el camino dejando sus huellas, se levantó toda una granja.

El reparto de la cosecha para los cooperativistas

Un día de septiembre de 1960 el gran Líder visitó la comuna Chongsan que auguraba una abundante cosecha.

Saludó a unos cooperativistas, tomándoles de la mano.

Contemplando con satisfacción la campiña con oleajes de espigas doradas a la brisa otoñal, valoró la excelente preparación de tierras y el buen crecimiento de arroz.

Cuando le pidió a un cuadro de la granja que le hablara del cultivo del año, este lo informó del sobrecumplimiento del plan de producción cerealera y de la cantidad de productos agrícolas que iban a distribuir a los campesinos.

- ¡Qué bien! Ahora se han convertido en campesinos medios acomodados-dijo sonriente y con suma satisfacción.

Esta vez le preguntó qué cantidad de alimentos sería suficiente como provisión anual de los agricultores.

- Unos 250 ó 300 kilos per cápita.

- ¿No serán insuficientes?-le opinó tras una reflexión-Me parece que 400 kilos serán suficientes per cápita. Los niños quieren comer más.

Los coreanos, cuando nos encontramos con el consuegro en el mercado agrícola, solemos invitarlo al almuerzo costeándolo con la venta del arroz. Además, a la casa vienen huéspedes, hijos que trabajan en las fábricas, se han licenciado del ejército, fueron a estudiar muy lejos y también hijas casadas que se fueron a vivir a otros lugares.

Recorriendo la mirada por los campesinos, prosiguió:

- Lo ideal sería que en sus visitas a la casa sus hijos constataran que tienen suficiente cantidad de víveres. Si ven que sufren la escasez de alimentos, de vuelta sus hijos no pueden trabajar con afán ni estudiar con aplicación.

En fin, a los cooperativistas se les distribuyeron más productos agrícolas de lo previsto, pues se les incluyó la parte correspondiente al hijo desmovilizado, la hija casada y el consuegro con quien iban a encontrarse en el mercado.

“Aquí cae la nieve cada vez que vengo”

Un día de diciembre de 1961, la nieve que caía desde la mañana continuó cayendo en la tarde.

Exponiéndose a ella, el gran Líder visitó una brigada de la entonces Cooperativa Agrícola de Ripsok en el distrito Mundok.

Entrando en el patio de la sala de propaganda democrática, apreció su buen aspecto.

Una vez dentro de ella, invitó a sentarse a todos los campesinos, y cuando ellos lo hicieron como si fueran una gran familia, palpó el suelo, instó a los que estaban en la parte de arriba a que se trasladaran en la de abajo, donde el suelo era más caliente, y él mismo quitó el cojín y se sentó sobre el mismo suelo.

Les hizo preguntas sobre el cultivo y la situación económica de la granja, entre ellas qué cereales plantaron en el secano, cuál era su rendimiento por hectárea y qué cantidad de granos les tocó a cada familia.

En tanto contemplaba afuera por la ventana escuchando a los campesinos, dijo:

- Aquí cae la nieve cada vez que vengo. También cayó la nieve la vez pasada en que estuve en la comuna Sangphal. Fue abundante la cosecha de ese año. Les aseguro que también será abundante la cosecha del próximo año.

También se interesó por el número de tractores movilizados en la granja y su utilización y explicó minuciosamente su operación y método de trabajo y la vida orgánica de los conductores.

Conoció sobre el número de viviendas modernas construidas y si todas eran de tejas y estuvo muy complacido cuando le contaron que

los campesinos vivían ahora en casas acogedoras, en lugar de las chozas heredadas de sus antepasados.

Durante varias horas resolvió los problemas pendientes referentes a la administración y funcionamiento de la granja y solo entonces partió.

La noche estaba bien avanzada, pero iluminada por la copiosa nieve.

Los campesinos se mantuvieron de pie por largos ratos agitando la mano al carro del gran Líder que se alejaba levantando polvaredas de nieve.

El revolucionario rural ejemplar

El gran Líder visitó varias veces al año a Rim Kun Sang, consultó con él las faenas agrícolas y lo enalteció como campesino modelo, presidente del comité administrativo de la Granja Cooperativa de Okto, Héroe del Trabajo y diputado a la Asamblea Popular Suprema.

Fue él quien durante la guerra inventó la máquina sembradora de trigo y después de ella organizó antes que nadie la cooperativa en pleno apoyo a la orientación del Partido de la cooperativización agrícola.

Derramó el sudor a mares en la construcción del canal de riego de 20 km desde Kiyang, obra que concluyó en un plazo de seis meses. Desmanteló las casas dispersas en los labrantíos y construyó otras

magníficas al pie de una montaña. También derribó los túmulos de piedra en los secanos y habilitó más de cien hectáreas de terrenos como arrozales.

En respuesta a la enseñanza del gran Líder de desarrollar la ganadería en Okto, comuna rodeada de los montes, construyó establos comunes para la cría de cientos de cerdos y también se esforzó mucho para el pasto ambulante de ovejas.

Era un verdadero trabajador que siempre andaba con pantalones arremangados y con una pala en la mano o una escardilla en la cintura.

En septiembre de 1965, durante su viaje de orientación el gran Líder hizo detener el carro al lado de una parcela de maíz en la comuna Okto.

Al recibir los saludos de Rim que lo esperaban a la vera del camino, le preguntó con ternura por la salud y por la enfermedad que estaba padeciendo.

Nosotros debemos apreciar a los compañeros que como este son fieles al Partido, dijo a los funcionarios que lo acompañaban, y lo alentó aconsejándole que también debía ser activo en el tratamiento de la enfermedad.

En diciembre de 1967 fue de nuevo a la comuna Okto.

Tomándole afectuosamente de la mano de Rim que lo saludaba respetuosamente, le preguntó preocupado:

- Me dijeron que estaba enfermo. ¿Ha mejorado un poco?

- Estoy bien-respondió emocionado el campesino.

- ¿Pero por qué se enferma tan a menudo?

- Ahora estoy bien-contestó con voz trémula.

A la pregunta del Líder de cuántos años tenía, le respondió que tenía 55 años.

El Líder lo consoló diciéndole que no eran muchos los años que tenía. Y a sus acompañantes les dijo que él había sufrido mucho durante la guerra.

En el mismo mes del año siguiente volvió a visitarlo y, saludándolo, tomó sus manos y no las dejó por un buen rato.

Le preguntó sobre la cosecha del año y dijo con satisfacción que habían batido el récord.

Rim era un dirigente rural recto y fiel, dispuesto a sacrificarse para materializar las enseñanzas del gran Líder.

Trabajó día y noche y finalmente fue llevado al hospital.

El Líder le envió medicamentos valiosos, puso a su disposición a médicos competentes y les recomendó restablecerlo a toda costa.

Cuando él falleció, dijo en voz ronca que había muerto un compañero realmente valioso.

En un año mientras pasaba por la comuna Okto, hizo detener el carro y, contemplando su paisaje, dijo que el recuerdo del compañero Kun Sang le llenaba de lágrimas los ojos y que él que había sido criado al

igual que su padre y abuelo antes de la liberación del país, después de ella se consagró de lleno para implementar la política agrícola del Partido.

También dijo que con él conversó a menudo sobre las faenas agrícolas y que él era el genuino hijo del Partido y revolucionario rural ejemplar que trabajó incansablemente en toda su vida teniendo como divisa su instrucción de que transformara la comuna Okto en un paraíso terrenal.

El gran Líder entabló amistad con muchos héroes campesinos como él para consolidar la base rural y hacer realidad su grandioso proyecto de la construcción del campo socialista.

“Compañeros, sean ricos sin falta, que yo les voy a ayudar.”

En octubre de 1971 el gran Líder estuvo en la comuna Chonsu del distrito Hyangsan, donde la mayoría de los labrantíos estaban en terrenos pendientes o eran tan pequeños que “con una estera se podía cubrir tres parcelas”.

Se apeó del coche y entró en una parcela de hortalizas donde desenterró un nabo y calculó cuánto pesaría.

Llamó a un campesino que laboraba en ella, tomó cordialmente de su mano embarrada, averiguó si el nabo fue sembrado como segundo cultivo después del maíz y le preguntó si su rendimiento era en cierto modo satisfactorio, a lo cual el agricultor le respondió que sí si se tenía en cuenta que las tierras de la región eran áridas.

El visitante se interesó además en el promedio de la cosecha por hectárea y el reparto para cada familia y la respuesta dejó mucho que desear.

Esta vez le preguntó si no era precaria su situación económica y le contestó que ya no envidiaba a los terratenientes montañeses de antes de la liberación del país.

Aunque escuchó esas palabras francas, siguió preocupado y se encaminó a la aldea.

Poco después, los campesinos se reunieron con él.

- ¿Cómo creen que pueden ser ricos?-preguntó mirando en derredor, pero nadie supo responderle.

Sonriente, volvió a preguntarles qué les parecía si cultivaban la tierra con la máquina. Nuestros obreros fabrican tractores marca “Jonjin” y camiones pequeños “Kaegsaeng”, dijo y agregó que mientras los primeros podían entrar y arar en parcelas pequeñas y eran más manuables que el buey, los segundos podían transitar sin ningún problema los senderos de carretas.

Un jefe de brigada se levantó de un tirón y le aseguró que con un tractor y camión realizarían todas las labores agrícolas sin utilizar las doce carretas de bueyes que entonces tenía la brigada.

- Entonces vamos a dar el camión primero a él-dijo el Líder.

Añadió que si en adelante mecanizaban la labor y no utilizaban el buey, podían producir más carne y que cuanto más la mecanizaban, tanto más obtendrían provechos.

Averiguó las cabezas de bueyes que tenían, la proporción de los machos y las hembras y el precio de su carne, sugirió que si no criaban el buey como ahora sino que criaban los híbridos por medio de la inseminación artificial, podían incrementar la producción de la carne. Igualmente les recomendó ensanchar sus ingresos en efectivo con la cría de bueyes y ovejas y la siembra de pimientos, y que si además cultivaban huertas de frutas y criaban abejas, se enriquecerían.

Recorriendo la mirada por ellos, les dijo que le plantearan cualquier problema pues él se lo resolvería.

- Compañeros, sean ricos sin falta, que yo les voy a ayudar-afirmó.

Escuchándolo, los campesinos reafirmaron su decisión de hacer de la comuna Chonsu un lugar donde se lleve una vida rica y envidiable.

Comparte la alegría con los campesinos

Fue a fines de octubre de 1973 cuando el gran Líder visitó la entonces Granja Cooperativa de Yongok en el distrito Taedong, donde los campesinos se afanaban para sacar las mieses de los arrozales y desgranar el arroz.

Respondió con la mano a las aclamaciones de los campesinos y conoció sobre la producción cerealera de una cuadrilla por boca de su jefe y lo celebró con gran alegría.

Lo alabó una y otra vez por la rica cosecha y se informó en detalles de qué cantidad de abonos habían echado, si se habían derribado muchas espigas de arroz, en qué parcelas fueron derribadas y qué efecto tenía el abono en el crecimiento del arroz.

Cuando el jefe de cuadrilla le contestó que en algunas parcelas fueron derribadas las espigas de arroz, le preguntó su razón y viendo que él no respondía le dijo:

- Debe saber que eso sucedió por el exceso de abonos nitrogenados.

Pasaron horas y comenzó a oscurecer.

El visitante contempló un buen rato a unos agricultores trillar mieses y les mandó tomarse un receso y traerlos a todos.

Cuando ellos acudieron a él y le saludaron con respeto, les preguntó, dirigiéndoles una mirada afectuosa, qué mercancías demandaban cuando vendían el arroz al Estado.

Sin ninguna reserva, ellos le enumeraron todos los artículos que tenían pensados: la olla, el impermeable, las botas, la máquina de coser, el armario de ropa…

El Líder ordenó al ayudante anotarlos todos en la libreta.

Esta vez preguntó a una campesina qué mercancía le hacía falta, a lo que, tras vacilar un momento, le dijo que necesitaba un vestido de nilón y un traje de tetrón y bajó la cabeza avergonzada.

- Ya que ha sido rica la cosecha este año, es natural que se le ocurra comprarse una ropa-le dijo como si dijera a su propia hija y sonrió afablemente.

Mostrándoles el reloj de pulsera que llevaba puesto, les preguntó:

- ¿No necesitan relojes? ¿Venden en el distrito el papel de pared y el suelo? ¿Tienen condiciones propicias para mantener bien aseadas sus casas?

Así se interesó por cada detalle de su vida.

Entonces un campesino le dijo:

- El próximo año cultivaremos mejor la tierra y corresponderemos a su benevolencia.

Era el juramento de todos los agricultores allí presentes.

El automóvil tira del tractor

Uno de los primeros días de noviembre de 1973, un tractor marca "Jonjin" cargado de gavillas de arroz salía a la carretera frente a una granja del distrito Kaechon.

De pronto, la conductora vio una caravana de automóviles acercársele por la curva de una elevación cercana a Anju.

Detuvo el tractor al borde del camino y esperó que los carros pasaran.

Para su sorpresa, de uno de ellos se apeó el gran Líder. Ella bajó del tractor y corrió hacia él llamándolo "¡Padre mariscal!"

El Líder la saludó, le tomó cordialmente de la mano grasienta y le dijo que quería ver el tractor. Se detuvo ante la máquina, escrutó el motor, el volante y el acelerador y le preguntó en tono afable cuántos haces de arroz podía cargar.

Al saber que cargaba 700 kilos, preguntó si era una cantidad apropiada, si no podía cargar una tonelada y cuántas veces al día los transportaba.

Sintiendo como si conversara con su propio padre, ella le contestó que los transportaba quince veces al día.

El Líder hizo un cálculo mental y dijo con alegría que entonces ella

transportaba al día un total de 10 toneladas y 500 kilogramos.

Esta vez le preguntó si no le dolían los brazos y ella le contestó que no le dolía y que no estaba cansada.

Preocupado, le pidió que le mostrara los brazos y ella los llevó a la espalda porque le avergonzaba mostrarle las manos sucias por la grasa.

Sonriendo gentilmente, el Líder insistió en que se los mostrara, le acarició la palma y el dorso de la mano y le arremangó la camisa para medir el grosor de la muñeca. Le preguntó qué comía como plato fuerte y platos secundarios y le aconsejó cordialmente que no trabajara en exceso, descansara suficientemente y comiera puntualmente.

A los funcionarios les dijo que en el frío invierno debían proveer a los campesinos de gruesos abrigos enguatados, gorros, calzados y guantes de buena calidad.

Señalando con el dedo hacia Anju, le recomendó a la joven conducir el tractor en esa dirección y a los funcionarios que lo rodeaban les exigió que aparcaran los carros en el arcén de la carretera. En un santiamén todos los coches se hicieron a un lado y en medio de la ancha carretera se quedó solamente el tractor.

El Líder le dijo a la joven que lo manejara, dándole palmaditas en el hombro.

En el instante en que ella iba a asir el volante, sintió que el alma se le caía a los pies. Para volver a arrancar, le hacía falta el motor eléctrico

de arranque, pero el suyo se había averiado y por la mañana tuvo que dejarlo con el equipo de reparación y de ahí salió a toda prisa para transportar más gavillas de arroz.

Al pensar que no podía mostrarle al Líder su tractor que marchaba a toda velocidad y que el percance podía preocuparle, sintió que todo su ser ardía como una bola de fuego y se le oprimía el corazón.

Con voz casi inaudible, le contó con franqueza lo que pasaba.

- Así que estás en un aprieto-dijo el Líder y señaló con el dedo un automóvil con la encomienda de que con él tirara del tractor por medio de un cable.

Dicho y hecho. El tractor arrancó sin tardanza y la joven lo condujo llena de fe en sí misma.

Viendo el tractor correr con brío, el Líder dijo:

- Es una jovencita, pero digna de alabanza, porque en un día transportó quince veces los mieses de arroz.

Satisfecho, dibujó una amplia sonrisa en el rostro por haber comprobado que ahora hasta una moza podía manejar el tractor y los campesinos podían cultivar la tierra sin necesidad de llevar cargas a la espalda.

Responsable de la construcción de la comuna Oguk

Un día de mayo de 1974, el gran Líder hizo parar el carro mientras pasaba por la comuna Oguk.

Contemplando el panorama de la aldea, indicó con preocupación sus numerosas chozas, el mal acondicionamiento de labrantíos, el estado deplorable de las carreteras y la falta de atención en el reajuste del curso fluvial.

- ¿Por qué no se ponen a construir? ¿Por falta de ladrillos, madera o equipo de construcción rural?-preguntó a un dirigente de la comuna y afirmó-Construiremos casas en la comuna.

Al día siguiente convocó una consulta de la zona de Sinchon, la cual abordó ese mismo asunto.

A un cuadro de la comuna le prometió proveerla de todo: materiales, vehículos y máquinas de construcción y lo exhortó a trazar la meta de construir viviendas para mil núcleos familiares y así modernizar la comuna.

También adoptó medidas concretas para transportar materiales de construcción en tren y embarcaciones por el río Jaeryong.

- ¿Quién será el responsable de la construcción de la comuna?- preguntó y el alto cargo de la comuna dijo que el equipo de construcción era el único que podía responder de ella.

Alguien debe ser su responsable, enfatizó el Líder y agregó:

- Dejen para más tarde el acondicionamiento de la cabeza distrital. Primero debemos demoler las casuchas y construir casas nuevas. Ante todo levantemos en la comuna viviendas para mil núcleos familiares y lo demás lo veremos luego…Esto encantará a los campesinos.

Denominó al grupo de constructores "equipo de construcción de la comuna Oguk" y exhortó a comenzar la construcción a partir de ahora y concluirla en un año.

- Seré el responsable de la construcción de la comuna Oguk-declaró y esto impactó fuertemente a todos.

Al encargarse de la edificación de una aldea común situada a gran distancia de la capital, el Líder daba muestras de su ardiente amor a los agricultores que otrora vivían en la miseria e ignorancia, despreciados, humillados y lamentando su trágica suerte.

Sueño realizado

Lo siguiente sucedió en mayo de 1974.

Ese día el gran Líder visitó la entonces Granja Cooperativa de Songsin para un ensayo de nuevas máquinas trasplantadoras de retoños de arroz.

Contemplando las máquinas alineadas al borde de un labrantío, preguntó a un agrónomo si no se hundían cuando trabajaban, a lo cual él, indicándole una parcela estándar, le respondió que en ella no se hundían porque hacía cinco días que la habían allanado con la grada.

Para prevenir ese contratiempo, hace falta gradar la tierra cinco días antes, de modo que ella se sedimente en el fondo, observó y añadió que si se trasplantaban las posturas antes de la sedimentación de la tierra, la máquina se hundía en el agua y esto dificultaba el trasplante.

Como la máquina trabaja sobre un terreno cubierto de agua, poco importa su bella apariencia y de nada sirve si no trasplanta bien y se avería con facilidad, apuntó.

Pasó varias horas desplazándose de aquí allá para observar con atención cómo funcionaban las trasplantadoras y señalando atentamente el cómo perfeccionarlas.

Mirando su reloj, midió su velocidad, explicó la manera de trasplantar posturas incluso en los bordes del arrozal e hizo que le trajeran los retoños trasplantados por más de diez máquinas para contar el número de ellos clavados en un mismo punto e indicar cuántos eran los más idóneos.

El mismo día llamó a unos conductores de la trasplantadora y unas mujeres que montadas sobre ella suministraban posturas, les preguntó sus pareceres acerca de la máquina y en esa misma charla tomó la medida de proveer de gafas de sol a todos los que trasplantaban el arroz.

Dirigió la mirada a la campiña verde y dijo que a lo largo de su vida se esforzó para liberar a los campesinos del trabajo duro y hoy hacía realidad su sueño, que cuando luchaba en las montañas contra los japoneses no pudo dormir a pierna suelta, expuesto al rigor del viento y frío, pero que ahora podía dormir profundamente porque había logrado el deseo de su vida.

¡Qué grande y fervoroso era su anhelo de liberar a todos campesinos de las labores engorrosas!

Una foto de recuerdo

Un día de junio de 1976 en que las plantas de arroz de la cooperativa Sowon crecían robustas echando fuertes ramas, el gran Líder hizo detener el coche al reconocer al presidente de su comité administrativo An Tal Su.

- ¿Ha sido bueno el cultivo del año?-le preguntó dirigiéndole una mirada llena de ternura.

- Sí.

- ¿Cuál es el porcentaje de tierras donde trasplantaron con la máquina las posturas de arroz?

- Este año no pudimos criar muchas posturas, así que solamente en un tres por ciento de los labrantíos ellas fueron trasplantada por máquina.

Le habló de la necesidad de criarlas robustas y, preguntándole si podrían hacer el mantillo mezclando la paja de arroz picada con la urea, simuló que picaba y mezclaba.

A su respuesta de que con la cianamida de calcio se descompone mejor, lo elogió sumamente satisfecho:

- Usted es doctor en agronomía. Si dice que algo se puede hacer, se

hace. Consultamos y hallamos la manera de obtener el mantillo desde la paja de arroz, ¿no es así?

También le preguntó la edad y al saber que cumplía 65 años dijo que podía trabajar diez años más.

Al percatarse de que no quería separase de él, le recordó que hacía muchos años que no se veían y lo invitó a retratarse.

Con el brazo izquierdo rodeó su brazo derecho y esbozó una sonrisa afectuosa. También le viró el cuerpo para que diera directo con el sol.

Luego de tomarse la foto, le recomendó:

- También para las futuras generaciones, debemos acondicionar bien la granja y cultivar bien la tierra.

Con posterioridad, siguió preocupándose por su salud, dispuso que le dieran tratamientos médicos especiales en Pyongyang y que le asignaran un automóvil.

Mientras él estuvo ingresado en un hospital en Pyongyang, varias veces llamó por teléfono a su director sugiriéndole que el colectivo médico lo atendiera con devoción de modo que se restableciera cuanto antes.

Cuando supo que él no conciliaba el sueño ansioso de conocer la situación de la granja, dispuso que le enviaran a un cuadro del hospital para que la averiguara y se lo comunicara.

A unos setenta días de haberse hospitalizado, An retornó a la granja con una salud inquebrantable.

Cada vez que miraba la foto que se tiró con el Líder, se le nublaban los ojos.

Un acontecimiento en una aldea insular

Un día de abril de 1977, a la aldea de la entonces Granja Cooperativa de Tohwa del distrito de Kaechon llegó la nueva de que el gran Líder iba a visitarla pronto.

Los isleños se despertaron bien temprano y, vestidos para la fiesta, no encontraban el sosiego, evocando lo que les sucedió dos años antes.

En aquel entonces, hubo una gran inundación en la isla Tohwa. La crecida, resultado de una lluvia torrencial y prolongada, fue desbordando el muro de la presa, amenazando seriamente la vida de los habitantes.

En eso estaban cuando tres helicópteros aterrizaron a la isla. Informado del peligro que corrían los isleños, el gran Líder dio la orden de enviarles sin demora helicópteros y carros anfibios para socorrerlos.

Más tarde, dispuso que tendieran un puente sólido entre tierra firme y la isla, de manera que sus pobladores no sufrieran jamás los daños del diluvio. Pero estos, diciendo que no podían utilizarlo antes que el Líder,

lo esperaron barriéndolo y limpiándolo cotidianamente y en su lugar cruzaron el río en barco.

Cuando los funcionarios se lo contaron al Líder, este dijo que debía satisfacer el deseo de los isleños aunque fuera muy abrupto el camino a la isla y un día fue a visitar el nuevamente construido puente Undok.

Cuando su carro pasaba por la entrada de la aldea, resonaron las aclamaciones de sus habitantes.

Contemplando el panorama de la isla desde el puente, el Líder dijo que este sería muy útil para el tránsito de los lugareños y que lo ideal era construirles otro puente que comunicara con el distrito Nyongbyon de la provincia de Phyong-an del Norte.

En el distrito Kaechon existen todavía extensas tierras que pueden aprovecharse en la agricultura, señaló y añadió que en su viaje a la isla vio muchos fosos en las proximidades del dique y que rellenándolos se podía ganar nuevos labrantíos.

Recorriendo la mirada por el derredor, preguntó hasta dónde llegaban las aguas del río en caso de una lluvia torrencial y un funcionario le contestó que como habían construido el dique alrededor de la isla y tendido un puente, ya no pasaría nada grave aunque hubiera una crecida.

Tras escrutar los contornos de la isla, dijo que la comuna era un lugar adecuado para el cultivo de hortalizas, que con ello se podía suministrarlos sin interrupción a los obreros y oficinistas de la zona de

Kaechon e incrementar los ingresos en metálico de los campesinos, que si en la cooperativa Tohwa podrían terminar en un corto plazo la obra de irrigación si contaban con la ayuda de los obreros y oficinistas del distrito y que para el riego podían aprovechar el agua del río Chongchon, en lugar de cavar pozos.

Para los isleños que de generación en generación vivían en la pobreza se les abrió una nueva historia del cultivo de vegetales.

Familia de tractoristas

En enero de 1978 Pyongyang fue sede de una conferencia nacional de agricultores presidida por el gran Líder.

En el evento tomaron parte un matrimonio de tractoristas y la esposa tuvo el honor de intervenir en la tribuna.

Tratando en vano de apaciguar el corazón que le latía precipitadamente, pronunció las primeras palabras cuando resonó en todo el ámbito la afectuosa voz del gran Líder:

-El esposo de esta compañera también es tractorista. Lo son además sus dos cuñados y sus esposas, su cuñada con su marido y otro cuñado suyo.

Puso al conocimiento de todos que aquellas nueve personas eran

conductores de tractor y con suma satisfacción los calificó de familia precursora de la mecanización y ejemplar de obreros rurales.

Le pidió afablemente que continuara la intervención.

Con voz ronca de emoción, ella le informó de que en su cuadrilla obtuvieron una cosecha sin precedentes al cultivar la tierra según sus instrucciones y que en los preparativos del cultivo del año los nueve tractoristas sobrecumplieron el plan de la arada, ahorraron mucho combustible y piezas de repuesto.

- El esposo de esta compañera está sentado en la tribuna, ¿no es así?-preguntó el Líder pasando la mirada por los que estaban sentados en ella.

Pero el tractorista no pudo responder al instante, pues jamás se había imaginado que el Líder lo llamaría durante la intervención de su esposa.

Solamente cuando el que estaba a su lado le dijo que el Líder lo llamaba, se levantó presuroso.

- Ese es el esposo y esta es la esposa-el Líder se los presentó a todos y al instante se estalló una cerrada ovación.

Ante la solicitud del Líder de que prosiguiera la intervención, la tractorista contó cómo todos ellos se hicieron conductores y laboraron como precursores de la mecanización rural.

Cuando dijo que durante trece años su esposo y ella mantuvieron el

tractor como si fuera nuevo y que nunca lo dejaron parado por la avería, el Líder fue el primero en aplaudirle.

Un gesto digno de alabanza, sentenció y afirmó que por tener héroes como ellos la República se fortalecía y enriquecía y el campo introducía las máquinas con vigor.

Unos días después de la conferencia, el Líder dispuso que entregaran nuevos tractores a los nueve conductores.

Una revolución en el cultivo de arroz

Fue en octubre de 1987 cuando el gran Líder se dirigió a la parcela experimental de una granja para ver el ensayo de una máquina remodelada para la siembra directa de arroz.

En tanto contemplaba la parcela gradada y la llanura en plena cosecha, indicó la parcela y averiguó cuánta agua debía haber en ella.

- A la hora de sembrar directamente el arroz con la máquina, sería bueno regar poco la parcela. Si lo hacemos después de gradarla y sedimentarla, la parte inferior de la máquina no se embarra y se desliza bien.

Fue al borde del arrozal donde se encontraba la máquina.

Tras examinarla detenidamente, pidió que la pusieran en marcha.

Al poco rato ella comenzó a sembrar la semilla de arroz haciendo ruidos monótonos.

Viéndola, el gran Líder dijo que sería bueno fabricarla haciendo que su parte inferior fuera idéntica a la de la trasplantadora de retoños de arroz.

Me han contado que al igual que esta última máquina, la de la siembra directa también comienza a trabajar en el centro de la parcela y finalmente le da un rodeo a sus contornos, dijo y añadió que no debían dejar un palmo de tierra sin sembrar.

Indicando el lugar sembrado y el que iba sembrando la máquina, dijo que en el primero las semillas caían a intervalos cortos pero en el segundo a intervalos un poco largos. En el vacío de una parcela con retoños de arroz trasplantados se puede volver a plantar, pero no en el de la parcela donde la semilla se ha sembrado directamente, advirtió.

Seguidamente, habló de la necesidad de introducir en las cooperativas la máquina de la siembra directa y perfeccionarla más rectificando su defecto de dejar caer la semilla de forma dispareja.

Contempló largos ratos la labor de la máquina y enfatizó que se la podía catalogar como un éxito y que la habían fabricado bien.

De tanta alegría por haber introducido la máquina en la siembra directa, el Líder se mantuvo sonriendo durante largos ratos.

En un ensayo

A principios de septiembre de 1988, el gran Líder fue a una fábrica de tractores para ver sus nuevos productos.

Pasando con la mano por la tapa de la cámara del motor de un tractor, averiguó su potencia y ventajas. Abrió la puerta de la cabina del conductor y examinó la comodidad del asiento. Valoró positivamente su fabricación y sugirió que lo arrancaran.

Poco después se escuchó el ruido uniforme del motor.

El visitante le pidió al chófer que abriera la puerta superior y la trasera y con un movimiento circular de la mano le dijo que diera unas vueltas por el patio.

Eso mismo hizo el conductor, con el orgullo de conducir él mismo el tractor hecho en su fábrica.

Luego de darle dos vueltas al patio, detuvo el tractor por la instancia del Líder y cuando desconectó el motor, él le pidió conectarlo de nuevo.

El ruido del motor resonó en todo el patio y el Líder dijo que desde hacía mucho tiempo él subrayó la necesidad de conectar y desconectar el motor dentro de la cabina y añadió:

- Es muy encomiable que hayan fabricado el tractor descapotable y

logrado que el conductor no tenga frío en invierno y calor en verano y que se pueda conectar y desconectar el motor dentro de la cabina.

Pasaron horas y el chófer condujo el tractor fuera del patio de ensayo. Dolido por tener que separarse del Líder, echó una mirada atrás para verlo por última vez y para su sorpresa él lo estaba observando desde el automóvil que lo perseguía.

Cuando el conductor intentó aminorar la velocidad, el Líder sacó una mano fuera de la ventanilla para agitarla en señal de que siguiera a gran velocidad.

Así cubrieron un tramo de unos cuatro kilómetros y se aproximaron a una campiña. El Líder volvió a pedirle al conductor que parara la máquina y antes de despedirse le sonrió y le agitó la mano cordialmente.

El ruido del motor de los tractores de las cooperativas evoca los esfuerzos del gran Líder por liberar a los campesinos de los trabajos duros.

No quiso irse de la campiña

Fue en agosto de 1991 cuando el gran Líder visitó la entonces Granja Cooperativa de Wangjaesan del distrito Onsong en el extremo septentrional del país.

Con una amplia sonrisa, se apeó del carro y dijo con satisfacción que de más estaba decir que allí se auguraba una rica cosecha.

Contemplando los arrozales por un buen rato, dijo una y otra vez que los habían labrado bien.

De ahí se dirigió a un secano de maíz. Con la vista fija en las cañas crecidas robustamente, dijo con satisfacción que las cultivaron bien e, indicando unas mazorcas bien grandes, sugirió que se las llevaran.

Cuando un acompañante se las entregó despinochadas, las tomó en las manos, las observó detenidamente e, invitando a todos a verlas, dijo que estaban repletas de granos de cabo a rabo.

Si cultivan la tierra como en esta granja, comer en abundancia a base de arroz y carne no presentará ningún problema, apuntó.

Preguntó el número de matas de arroz plantadas en cada *phyong* y aseveró:

- Un número ideal de matas, según el estándar, ni más ni menos. Nunca me he sentido tan bien en esta visita. No quiero irme de aquí.

Dijo que por primera vez veía una granja que cultivaba tan bien el maíz y, complacido y sonriente, agregó:

- Lo han cultivado muy bien. He ido a muchas granjas, pero ninguna puede equipararse con esta, menos la granja No. 7. Sus mazorcas se han madurado bien.

El mismo día pasó varias horas recorriendo los labrantíos de soya y

sorgo. Y contemplando el de maíz, volvió a apreciar su buen crecimiento.

- En adelante, para conocer sobre la agricultura de la provincia de Hamgyong del Norte, tendré que visitar esta granja-señaló.

En aquellos instantes en que contemplaba los maizales que auguraban una abundante cosecha, pensaba con deleite que así se acrecentaba la felicidad del pueblo y no quiso abandonar la campiña.

"Asesor" de la agricultura de la llanura Yonbaek

A finales de agosto de 1993, el gran Líder llegó en la madrugada a la Granja de Suwon del distrito Paechon, para conjeturar la cosecha en la llanura Yonbaek.

El camino hacia las parcelas estaba húmedo por el rocío.

Se acercó a una parcela a la vera del camino y observó detenidamente las espigas rociadas de arroz.

Diciendo que lo habían cultivado bien, valoró altamente el éxito alcanzado por la granja y se mostró muy satisfecho.

Seguidamente cogió una mazorca, dijo con alegría que estaba bien madura de punta a cabo y que en la granja habían cultivado bien tanto el arroz como el maíz.

Preguntó a qué grado ascendía al máximo la temperatura del agua de los arrozales en los días calurosos en esa región y dijo:

- En regiones como el distrito Paechon donde en verano se eleva la temperatura de agua en los arrozales, hace falta cambiarla a menudo. Por sus características biológicas, el arroz echa muchas ramas y crece rápido si el agua es cálida de día y fresca de noche. Si no cambian el agua con frecuencia, la mata de arroz sufre tanto calor como el que duerme con el cobertor de algodón en la canícula.

El gran Líder estuvo también en la entonces Granja Cooperativa de Kumsong del distrito Paechon.

Evaluó alto el buen cultivo de arroz y contempló los arrozales por un buen tiempo.

Dijo con alegría que la visitó porque le habían hablado del buen cultivo en la llanura Yonbaek y que lo había comprobado sobre el terreno. Igualmente indagó qué cantidad de arroz iban a cosechar por hectárea, qué variedad plantaron y cuánto abono habían echado.

A un cuadro de la granja le preguntó afectuosamente cómo lograron cultivar bien la tierra ese año, a lo cual él respondió que lo lograron porque él dispuso suministrarles con prioridad fertilizantes, productos agroquímicos, agua y electricidad.

De allí el gran Líder fue a la entonces Granja Cooperativa de Ohyon y a la de Chonthae del distrito Yonan.

En cualquier parte de la interminable llanura Yonbaek, las espigas de arroz inclinadas por el peso de los granos se agitaban al viento otoñal.

En la última granja el Líder hizo parar el coche delante de una parcela.

Un cuadro de la granja que lo estaba esperando le saludó, le prometió que cultivarían bien la tierra y le pidió encarecidamente, en nombre de todos los agricultores de la llanura Yonbaek, no caminar más por el escabroso camino del campo.

Riendo a carcajadas, el Líder dijo que caminando así podía dirigir mejor y eso era bueno para la salud.

Contemplando la llanura con satisfacción, dijo que la llanura le despertaba un apetito insaciable.

Pasaron horas y cuando él terminó la visita a la entonces Granja Cooperativa de Chongjong del distrito Chongdan, el sol se ponía. En ese momento dijo a sus acompañantes que le gustaría ser asesor de la agricultura en la provincia de Hwanghae del Sur.

Antes de partir hizo la promesa de que volvería a visitarla el año próximo si cultivaban bien la tierra.

* * *

Un día de junio de 1994, el gran Líder visitó la parcela de verduras de una granja capitalina.

Tras apearse del carro, contempló con satisfacción crecer robustas las hortalizas verdes y mojadas y entró despacio en la parcela que tenía instalado un equipo de riego.

Dibujando una amplia sonrisa y con las manos a la espalda, permaneció inmóvil disfrutando del paisaje.

Un buen rato después un funcionario del huerto le acudió corriendo.

Tomándole de la mano, el Líder valoró el buen cultivo de verduras, celebró que hubieran ideado un método de riego que le encantaba y subrayó:

- Han hecho muy bien en clavar horquillas a cierto intervalo, tender tubos de vinilo con el objetivo de irrigar la parcela…Con este método del riego por aspersión podemos aprovechar todas las instalaciones de riego existentes con pocos materiales y mano de obra e irrigar todos los secanos de maíz.

Recorrió la mirada por la extensa parcela de hortalizas.

Un huerto de frutas se extendía en un cerro más allá del camino que

bordea la parcela de verduras y el viento trasladaba de él la fragante aroma de frutas.

Ese día el Líder acentuó que debían instalar bien las horquillas para el riego de las parcelas e introducir tal método en todas las granjas del país.

De pie a un lado del camino, disfrutó con satisfacción de la vista que ofrecían la huerta con frutas madurándose y la parcela de hortalizas bautizadas por el agua bendita.

Como le apenaba abandonar el lugar, detuvo los pasos varias veces.

Finalmente se despidió de los cuadros de la granja, deseando la salud con una voz afable y sonora.

Nadie supo que esa sería su última visita a una granja.

Así su vida transcurrió en interminables viajes de orientación.

Eco de la campiña

Autor: Ri Jong Nam, Pak Chol Jun

Redacción: An Su Yong

Traducción: Han Myong Song

Ediciones en Lenguas Extranjeras

República Popular Democrática de Corea

Junio de 113 de la era Juche (2024)

ㄱ-240880162896

E-mail: flph@star-co.net.kp
http://www.korean-books.com.kp

Ediciones en Lenguas Extranjeras
RPD de Corea
113 de la era Juche (2024)

ISBN 978-9946-0-2267-3